La conquista del ESPACIO

«OBJETIVO: PLUTON»

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



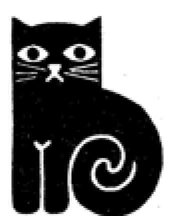
La conquista del ESPACIO

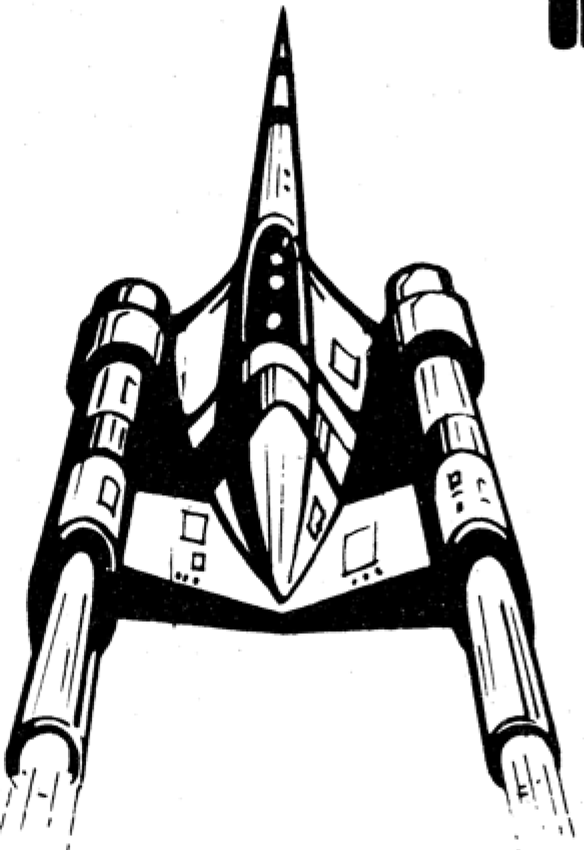
«OBJETIVO: PLUTON»

Joseph Berna

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

522 — Astor el Cruel, *Joseph Berna*.

523 — Destino: Deneb IV, *A. Thorkent*.

524 — Contacto en la IV Fase, *Kellton McIntire*.

525 — Las huellas del imperio, *A. Thorkent*.

526 — La esfinge cometa, *Ralph Barby*.

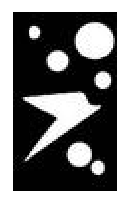
JOSEPH BERNA

OBJETIVO: PLUTON

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 527

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

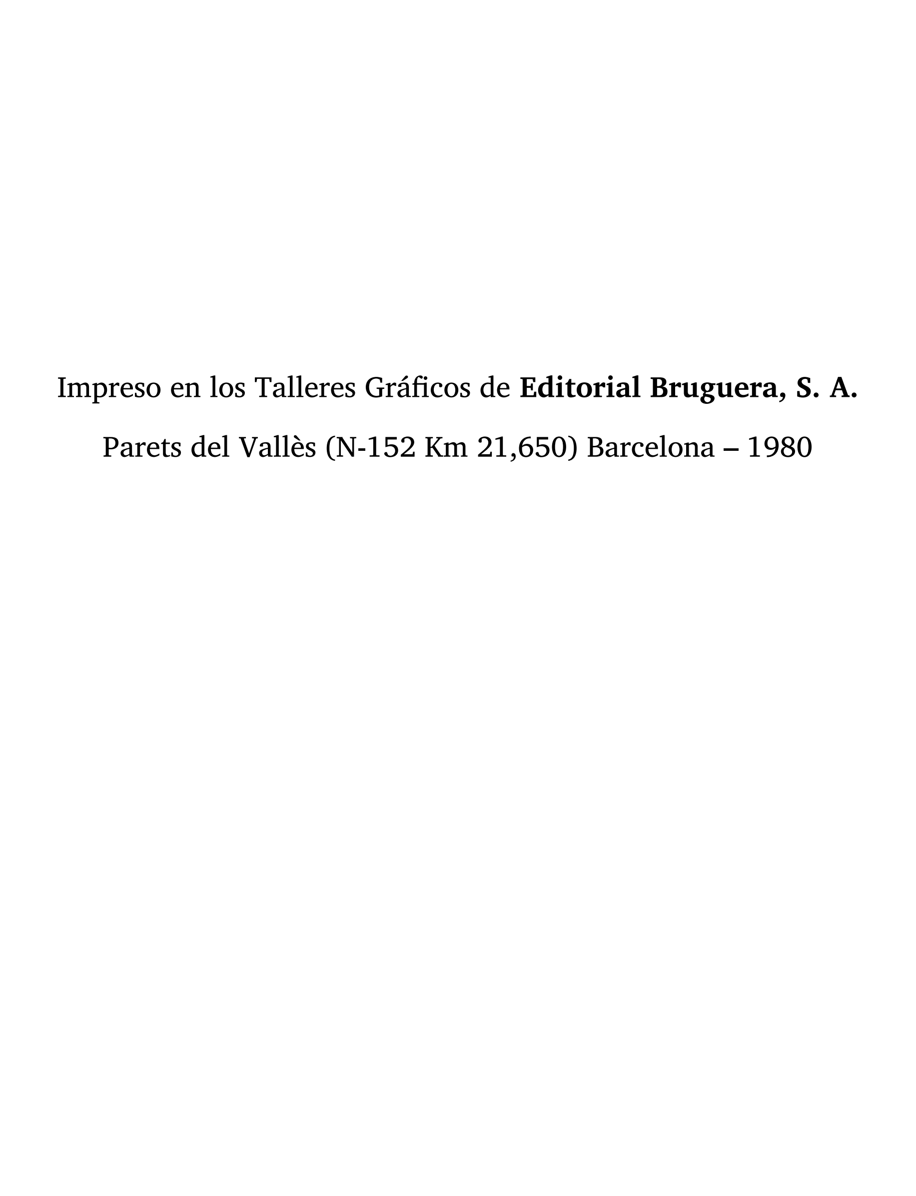
ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 23.249 -1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Plutón.

El último de los planetas del sistema solar, en cuanto a distancia al Sol.

Unos 5.900 millones de kilómetros, aproximadamente, de distancia media, lo cual motiva que su período sideral sea de casi 248 años.

Sí.

Plutón tarda todo ese tiempo en dar una vuelta completa alrededor del Sol, y seis días y nueve horas en girar sobre sí mismo.

Su diámetro ecuatorial es de 5.800 kilómetros, algo mayor que el de Mercurio, el planeta más pequeño del sistema solar al que sigue Plutón en esa escala de planetas menores, contrastando fuertemente con las gigantescas dimensiones de Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter, los planetas más cercanos a él.

Los rayos solares llegan tan atenuados a este lejano y pequeño mundo, que la temperatura en su superficie es realmente gélida, del orden de los -250° C.

Como, a tan bajísima temperatura, los gases se hallan en estado líquido o sólido, Plutón carece de atmósfera.

Sin embargo, ni el intenso frío ni la falta de atmósfera habían sido obstáculos para que algunos miles de hombres y mujeres terrestres se instalasen en el planeta, en pequeñas ciudades levantadas bajo enormes y sólidas cúpulas transparentes, donde se podía respirar libremente, sin necesidad de escafandra, y la temperatura era ideal: 25° C.

La primera ciudad se construyó en el año 2060. Y ahora, exactamente veinte años después, eran ya quince las ciudades que se alzaban en Plutón.

Y había otras cinco en construcción.

La Tierra era un mundo superpoblado, y no había más remedio que ir trasladándose a otros mundos, aunque éstos no reuniesen las características de la Tierra.

De ahí que hubiese colonias terrestres en todos los planetas del sistema solar, convenientemente acondicionados para que sus habitantes pudiesen llevar una vida cómoda y normal.

Y divertida, también, porque en ninguna de estas ciudades espaciales faltaban locales apropiados para ello.

Era el caso de Siderius City, una de las primeras ciudades que se levantaron en Plutón.

En ella existían varios locales de diversión, pero, el más popular de todos, el más visitado, el que siempre se hallaba concurrido, era sin duda El Gallo Plateado, propiedad de Sholto Arkin, un hombre que siempre sabía ofrecer al público lo mejor, lo más atractivo, lo más divertido.

Nadie salía defraudado de su local.

Sholto Arkin contaba treinta y dos años de edad, y era un tipo alto y fornido, de pelo oscuro, ojos marrones, nariz recta y mentón cuadrado.

A primera vista, parecía un hombre duro, por su corpulencia y lo varonil de sus facciones, pero cuantos le conocían sabían que se trataba de un tipo simpático y cordial, siempre dispuesto a gastar una broma y encajarla con buen humor, cuando le hacían a él objeto de ella.

Sholto Arkin tenía muchos amigos en Siderius City, y también en las otras ciudades de Plutón, pues su local era visitado por habitantes de todas las colonias del planeta.

Para trasladarse de una ciudad a otra, se utilizaban unas pequeñas naves, muy veloces y sencillas de pilotar.

Aquella noche —en Plutón se regían por el horario de la tierra, no por los días y las noches del planeta, mucho más largos—, El Gallo Plateado se hallaba tan concurrido como de costumbre.

Sholto Arkin se encontraba en su despacho, revisando algunas facturas, cuando, de pronto, la puerta se abrió y Jed Kolster, su hombre de confianza, entró en él.

Sholto levantó la mirada.

—¿Qué hay, Jed?

Jed Kolster, veintiocho años de edad, alto y delgado, de fuerte

constitución, pelo rubio y facciones simpáticas, dio unos pasos e informó:

—Un tipo se ha metido con Yelena, Sholto.

—Vaya.

—Le ha dado un mordisco.

—En el trasero, seguro.

—No, se lo dio en la oreja.

—¿En la oreja...?

—Sí.

—Pues Yelena tiene cosas mucho más tentadoras que las orejas.

Jed Kolster sonrió.

—Veo que no me has entendido, Sholto.

—¿No?

—El mordisco no se lo dio el tipo a Yelena, sino Yelena al tipo.

—¡Oh, no! —respingó Arkin.

—Como lo oyes.

—¿Cómo se atrevió Yelena a...?

—Tú ya sabes el carácter que tiene esa chica, Sholto. No aguanta nada, y el que se la hace, se la paga.

—¿Le hizo mucho daño al tipo?

—Casi le arrancó media oreja, así que imagínate.

—Seguro que estás exagerando, Jed.

—Conque exagerando, ¿eh? Espera, vuelvo en seguida.

—¿Adonde vas?

—A traerte al tipo, para que veas que lleva media oreja colgando y chorreando sangre.

—¡Jed! —gritó Sholto, saltando de su sillón.

Kolster, que ya había echado a andar hacia la puerta, se detuvo y

lo miró.

—¿Qué?

—No es necesario que me traigas al tipo, demonio.

—Como quieras.

—A quien tienes que traerme es a Yelena.

—Ahora mismo te la mando —sonrió Jed Kolster, y salió del despacho.

Sholto Arkin rezongó algo y se sentó de nuevo en el sillón.

Se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió, y expulsó el humo.

Le estaba dando la segunda chupada, cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —autorizó Sholto.

La puerta se abrió y Yelena Dalzell entró en el despacho, vistiendo como todas las camareras de El Gallo Plateado, es decir, una cortísima túnica azul celeste, totalmente abierta por los lados, aunque éstos permanecían unidos por unas finas cadenas doradas.

Bajo la excitante túnica, un triangulito de tejido, igualmente azul, que sólo alcanzaba a cubrir el pubis y el sexo de la chica, y que se sujetaba a las caderas por medio de unos delgados cordoncitos, que se unían en la parte de atrás y luego desaparecían totalmente por entre sus nalgas.

Esto, claro, no se podía comprobar si la muchacha no se agachaba sin flexionar las rodillas, o si alguien no le levantaba la túnica.

Más de un cliente solía hacerlo, desde luego, deseoso de contemplar el trasero de la camarera que le servía las bebidas.

Yelena Dalzell tenía veintitrés años de edad, el cabello largo y frondoso, dorado, precioso de verdad, los ojos muy claros, grandes y luminosos, la nariz pequeña, los labios llenos y jugosos, maravillosamente dibujados.

Su cuerpo también era espléndido.

Largo, esbelto, de curvas pronunciadas y firmes…

Las piernas, especialmente, eran una maravilla.

Las botas, plateadas, las cubrían sólo hasta las rodillas.

Yelena Dalzell, con el gesto serio, preguntó:

—¿Deseaba usted verme, señor Arkin?

—Sí. Yelena —respondió Sholto, serio, también.

—Usted dirá.

—Jed acaba de informarme de lo sucedido.

—Ya suponía que me llamaba usted por eso.

—¿Es cierto que le mordiste la oreja a un cliente?

—Sí, pero fue un bocadito de nada.

—Jed asegura que el tipo lleva media oreja colgando.

—No es verdad. Si apenas le hinqué los dientes.

—Le hiciste sangre.

—Sólo unas gotitas.

—¿Por qué lo hiciste, Yelena?

—El tipo se lo merecía, señor Arkin.

—¿Qué te hizo?

—Muchas cosas. Me palmeó el trasero, me pellizcó, me manoseó...

—Eso sucede muy a menudo, Yelena. —Ya lo sé.

—No es motivo para arrancarle media oreja de un mordisco a un cliente.

—Yo no le arranqué ni siquiera un cachito, ya se lo he dicho.

—¿No pudiste librarte del tipo de otra manera?

—No, señor Arkin. Me había sentado sobre sus rodillas y me tenía sujetos los brazos. Sólo podía utilizar los dientes.

—Y los utilizaste, vaya si los utilizaste —rezongó Sholto,

Yelena Dalzell bajó la cabeza.

—Lo siento, señor Arkin.

—Lo mismo dijiste la semana pasada, cuando te recriminé por haberle dado una bofetada a un cliente.

—Aquel tipo también se pasó.

—Sí, claro. Como se pasó el de hace dos semanas, ese al que le atizaste un puntapié en !a espinilla.

—Otro pesado.

—¿Y aquel a quien le arrojaste todo el whisky a la cara, cubitos de hielo incluidos...?

—El tipo me mordió en ¡a nalga, ya se lo conté. Y le mostré la marca que me había dejado, ¿recuerda?

—Sí, lo recuerdo, lo recuerdo —gruñó Sholto.

—El de hoy también me habrá dejado marca, pero no puedo mostrársela.

—¿Por qué?

—Me pellizcó delante —informó Yelena, bajando la cabeza de nuevo.

Sholto carraspeó y se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Yelena?

—Despedirme, supongo.

—No quisiera tener que hacerlo, créeme, pero si sigues tratando así a los clientes...

—Me esfuerzo por contenerme, se lo juro, pero algunas veces me es imposible. No es que yo sea una puritana, señor Arkin, pero eso de que me pellizquen y me manoseen sin más ni más hombres a los que ni siquiera conozco...

—Cuando me pediste trabajo en el club, ya sabías que los clientes suelen tomarse algunas libertades con las camareras.

—Sí, eso es verdad.

—¿Por qué solicitaste él empleo, entonces?

—Porque lo necesitaba señor Arkin.

—Entiendo.

—Lo sigo necesitando señor Arkin, pero si quiere usted despedirme, me iré sin rechistar.

—No puedo despedirte, sabiendo que necesitas el empleo.

Yelena Dalzell sonrió suavemente.

—Gracias por ser tan comprensivo, señor Arkin.

—Quiero que me prometas una cosa, Yelena.

—Que no arrojaré más bebidas a las caras de los clientes, ni los abofetearé ni les daré patadas a las espinillas, ni les morderé las orejas. Eso es lo que quiere que le prometa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Me toquen lo que me toquen y me pellizquen lo que me pellizquen?

—Sí.

Yelena Dalzell se mordisqueó los labios nerviosamente.

—¿De veras quiere usted que le prometa eso, señor Arkin?

Lo dijo en un tono tan apagado y con una expresión tan apenada, que Sholto Arkin sonrió con suavidad y respondió:

—Me conformaré con que me prometas que lo intentarás, Yelena.

La camarera sonrió ahora de un modo maravilloso.

—Se lo prometo, señor Arkin.

—Puedes retirarte, Yelena.

—Sí, señor Arkin. Y gracias de nuevo por su comprensión.

Yelena Dalzell abandonó el despacho.

Sholto Arkin exhaló un suspiro y murmuró:

—Preciosa muchacha, sí, señor. Y decente. No quedan muchas así, por desgracia.

Sholto dejó de pensar en la bella Yelena y se ocupó nuevamente de las facturas que tenía sobre la mesa.

Apenas unos minutos después, Jed Kolster entraba de nuevo en el despacho.

—No parece que Yelena saliera muy disgustada de aquí, Sholto —observó.

—Salió contenta porque vino temiendo que yo fuera a despedirla por lo del mordisco —explicó Arkin.

—Evidentemente, no ha sido así.

—No, no la he despedido.

—Me alegro —sonrió Kolster—, Yelena es una buena chica, y si quieres que te diga la verdad, yo disfruto mucho cuando veo que le sacude a un tipo. Reconozco, sin embargo, que hoy se pasó un poco.

—Sí, de eso no hay duda.

—Bueno, a lo que íbamos.

—¿Es qué íbamos a algo? —preguntó Arkin.

—Dos chicas quieren verte, Sholto.

—No necesitamos más, camareras, Jed.

—No son camareras, son artistas —aclaró Kolster.

—Oh, eso es distinto. ¿Son atractivas, Jed?

—Dos verdaderos monumentos.

—Hazlas pasar. Si su número es bueno, las contrataré.

—Seguro que lo es —profetizó Kolster, guiñándole pícaramente el ojo, y salió del despacho.

Un par de minutos después, entraban las chicas.

Dos verdaderos monumentos, como había dicho Jed Kolster.

Lo que no había dicho el hombre de confianza de Sholto Arkin, porque él lo ignoraba, es que aquel par de bellezas eran también muy peligrosas.

Tan peligrosas, que El Gallo Plateado, Siderius City, y hasta Plutón entero, podían quedar arrasados en muy poco tiempo.

CAPITULO II

Sholto Arkin había conocido cientos de mujeres hermosas, pero tuvo que admitir que aquellas dos que acababan de entrar en su despacho eran el no va más en ese sentido.

Altas, exuberantes, rebosando sensualidad por cada uno de los poros de su tersa y aterciopelada piel...

La de la derecha tenía el pelo rubio; la de la izquierda, muy negro.

Sholto Arkin, visiblemente impresionado por la extraordinaria belleza de las dos mujeres y las esculturales formas de sus jóvenes cuerpos, se puso cortésmente en pie.

—¿Señor Arkin...? —preguntó la chica rubia, con una voz tan dulce y suave que sonaba a coro de violines.

—Sí, yo soy Sholto Arkin —asintió el propietario de El Gallo Plateado, con una sonrisa.

—Me llamo Tova, señor Arkin. Y ésta es Lydia, mi compañera.

—Es un placer conoceros, preciosas.

—El placer es nuestro, señor Arkin —sonrió cautivadoramente Lydia, la morena, cuya voz era tan angelical como la de su compañera Tova.

—Jed Kolster, mi encargado, me ha dicho que sois artistas.

—Así es, señor Arkin —asintió la rubia Tova.

—¿Queréis trabajar en mi club?

—Nos encantaría, señor Arkin —respondió Lydia.

—Si vuestro número es bueno, no tendré ningún inconveniente en contrataros.

—Nosotras pensamos que sí lo es, pero preferimos que lo juzgue usted mismo —sonrió turbadoramente Tova—. ¿Lista, Lydia?

—Lista, Tova.

Las dos mujeres se despojaron con un rápido movimiento de sus

preciosos vestidos y quedaron prácticamente desnudas ante Sholto Arkin, pues bajo ellos sólo llevaban un pantaloncito dorado y brillante, tan minúsculo, que ni siquiera alcanzaba a cubrir totalmente el vello de su pubis.

Sholto no pudo evitar que se le entreabriera la boca al contemplar los excepcionales cuerpos de Tova y Lydia, sus firmes y agresivos pechos, sus vientres lisos y tersos, sus rotundas caderas, sus prodigiosas piernas...

Tova y Lydia dieron comienzo a su número.

No eran cantantes ni bailarinas, sino equilibristas.

La morena Lydia se tendió en el suelo y levantó los brazos y las rodillas, recibiendo a la rubia Tova, para luego levantarse con asombrosa facilidad, izando a pulso a su compañera.

Lydia hizo todo lo que quiso, siempre aguantando a Tova, quien, cabeza abajo, mantenía perfectamente el equilibrio.

Luego, invirtieron sus posiciones y fue Tova la que sostuvo a Lydia, realizando los más increíbles ejercicios aguantando el peso de su compañera.

El número era realmente bueno, pero Sholto Arkin apenas prestaba atención a los difíciles ejercicios de Tova y Lydia, pues no conseguía apartar los ojos de los hermosos y túrgidos senos de las equilibristas, de sus formidables traseros, de sus fascinantes piernas...

Ya había decidido contratar a Tova y Lydia.

Aunque su número hubiese sido solamente regular, las habría contratado de todos modos.

La belleza de sus cuerpos era suficiente, y Sholto ya veía aplaudiendo a rabiar a los clientes de su club, tras la actuación de Tova y Lydia.

Sí.

Tendrían un éxito clamoroso.

El más sonado de los que artista alguno había obtenido en El Gallo Plateado, desde que éste abriera sus puertas por primera vez.

Sholto Arkin siguió deleitándose con la contemplación de las escalofriantes anatomías de la pareja de equilibristas.

Algunos minutos después, Tova y Lydia, daban por finalizado su número. Sus cuerpos, brillantes ahora de sudor, a causa del esfuerzo, aún resultaban más excitantes.

Sin ponerse los vestidos, miraron al propietario de El Gallo Plateado y le sonrieron como sólo ellas sabían hacerlo.

—¿Le ha gustado nuestro número., señor Arkin? —preguntó la rubia Tova.

—Muchísimo —respondió Sholto,

—¿Quiere eso decir que nos contrata? —preguntó la morena Lydia.

—Ahora misino.

—Qué alegría, señor Arkin —dijo Tova.

—Alegría la que me habéis dado vosotras a mí, preciosas.

—¿Cuándo empezaremos a trabajar? —preguntó Lydia.

—Debutaréis mañana por la noche, pero quiero veros aquí por la mañana. Tendré vuestro contrato dispuesto para la firma.

—Perfecto, señor Arkin —dijo Tova, recogiendo su vestido del suelo.

Lydia recogió también el suyo.

Se los pusieron, se despidieron de Sholto Arkin, y abandonaron el despacho.

* * *

Jed Kolster estaba esperando que Tova y Lydia salieran del despacho de Sholto Arkin.

Cuando las vio aparecer, caminó directamente hacia ellas, exhibiendo su mejor sonrisa.

—¿Qué, ha habido suerte, preciosa? —preguntó.

—Oh, sí. El señor Arkin nos ha contratado —informó Tova.

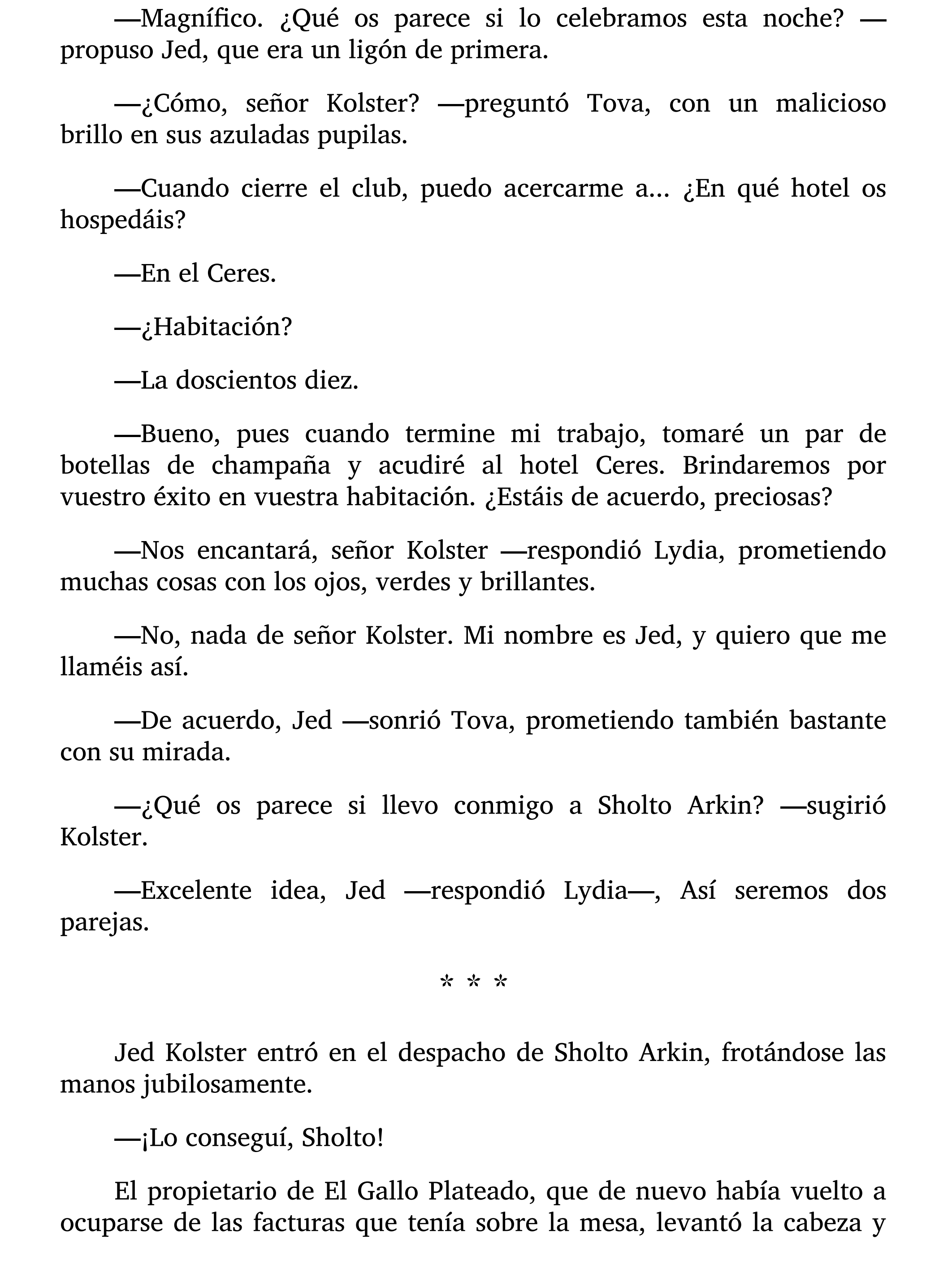
—Ya sabía yo que vuestro número le gustaría.

—Es usted muy amable, señor Kolster —sonrió

embaucadoramente Lydia.

—¿Cuándo empezaréis a trabajar?

—Mañana.



—Magnífico. ¿Qué os parece si lo celebramos esta noche? —propuso Jed, que era un ligón de primera.

—¿Cómo, señor Kolster? —preguntó Tova, con un malicioso brillo en sus azuladas pupilas.

—Cuando cierre el club, puedo acercarme a... ¿En qué hotel os hospedáis?

—En el Ceres.

—¿Habitación?

—La doscientos diez.

—Bueno, pues cuando termine mi trabajo, tomaré un par de botellas de champaña y acudiré al hotel Ceres. Brindaremos por vuestro éxito en vuestra habitación. ¿Estáis de acuerdo, preciosas?

—Nos encantará, señor Kolster —respondió Lydia, prometiendo muchas cosas con los ojos, verdes y brillantes.

—No, nada de señor Kolster. Mi nombre es Jed, y quiero que me llaméis así.

—De acuerdo, Jed —sonrió Tova, prometiendo también bastante con su mirada.

—¿Qué os parece si llevo conmigo a Sholto Arkin? —sugirió Kolster.

—Excelente idea, Jed —respondió Lydia—, Así seremos dos parejas.

* * *

Jed Kolster entró en el despacho de Sholto Arkin, frotándose las manos jubilosamente.

—¡Lo conseguí, Sholto!

El propietario de El Gallo Plateado, que de nuevo había vuelto a ocuparse de las facturas que tenía sobre la mesa, levantó la cabeza y

miró a su hombre de confianza.

—¿Qué es lo que has conseguido, Jed?

—¡Ligarme a esas dos preciosidades!

—¿Te refieres a Tova y Lydia?

—¡Naturalmente!

Sholto Arkin sonrió.

—Enhorabuena, Jed.

—Los dos estamos de enhorabuena, Sholto.

—¿Los dos...?

—Sí, porque nos esperan a ti y a mí en la habitación doscientos diez del hotel Ceres. Tomaremos unas copas de champaña, y luego...

—Lo siento, Jed, pero yo no voy a poder ir.

—¿Qué...?

—Tengo un compromiso, Jed.

—¡Pues anúlalo, diablo!

—No es posible.

Jed Kolster se agarró la cabeza.

—Oh, Sholto, no puedes hacerme esto... Tova y Lydia nos esperan a los dos, y si me presento yo solo, se van al llevar una tremenda desilusión.

—Te repito que lo siento, Jed, pero no puedo variar mis planes.

—¿Y qué hago yo, ahora?

—Presentarte solo, acabas de decirlo.

—No me atrevo, Sholto.

—¿Por qué? Sólo son dos mujeres, Jed.

—Pero valen por seis.

—Tómate un par de píldoras vitamínicas, antes de acudir a su habitación.

—Tendría que tomarme el frasco entero —rezongó Kolster.

—Podrás con las dos, ya lo verás —sonrió Arkin.

—Sholto…

—No insistas, Jed, te lo ruego.

Kolster suspiró.

—De acuerdo, iré solo. Pero, si mañana no me ves aparecer por el club, no te extrañes demasiado.

Sholto Arkin rió, mientras Jed Kolster abandonaba su despacho.

* * *

Cuando El Gallo Plateado cerró sus puertas, Jed Kolster salió del club por la puerta de atrás y se encaminó hacia el hotel Ceres, no muy distante de donde se alzaba el local de diversión.

Jed llevaba una botella de champaña debajo de cada brazo, y caminaba con el gesto un tanto preocupado.

No era la primera vez que iba a pasar la noche con dos mujeres, pero sí con dos mujeres tan irresistibles como aquéllas, y temía que le dejasen hecho polvo.

De haber sabido lo que realmente le esperaba en la habitación doscientos diez del hotel Ceres, la preocupación de Jed Kolster se hubiese convertido en auténtico pánico, en puro terror, y con toda seguridad habría dejado caer al suelo las botellas de champaña y hubiese echado a correr.

CAPITULO III

Jed Kolster pulsó el timbre de la habitación 210.

Apenas cinco segundos después, la rubia Tova le abría la puerta, envuelta en una larga túnica, deliciosamente transparente.

Los ojos de Jed se clavaron al instante en los altos y provocativos senos de la equilibrista, de rosada aureola y excitante pezón.

—Hola, Jed —le sonrió encantadoramente ella.

—Hola, Tova.

—¿No iba a venir contigo Sholto Arkin...?

—No le ha sido posible. Tenía un compromiso ineludible —explicó Kolster.

—Qué lástima.

—No importa, brindaremos sin él.

—Sí, no por eso vamos a dejar de pasarlo bien. Entra, Jed.

Jed Kolster penetró en la habitación y Tova cerró la puerta.

Su compañera Lydia también lucía una transparente túnica, y Jed pudo contemplar sus jóvenes y altivos senos, de aureolas oscuras y descarados pezones.

—El señor Arkin no ha podido venir, Lydia —dijo Tova.

—Sí, ya lo he oído. Lo siento, pero como tú has dicho, no vamos a dejar de pasarlo bien por eso —sonrió atrevidamente la morena, quien seguidamente indicó—: Descorcha una de las botellas. Jed.

Kolster dejó la botella que llevaba bajo su brazo izquierdo sobre la pequeña mesa que había delante del largo sofá, en la que ya se hallaban dispuestas las copas, y descorchó la otra.

El espumoso y burbujeante líquido surgió, incontenible, y Jed Kolster se dio mucha prisa en llenar tres de las copas.

Luego, cada cual tomó la suya.

—Por vuestro éxito en El Gallo Plateado, preciosas —dijo Jed,

sonriente.

—Y por esta noche —dijo Tova, acariciándole con la mirada

—Si, también por esta noche —carraspeó Jed.

H rieron entrechocar sus copas y bebieron los tres.

Lydia indicó:

—Ponte cómodo, Jed.

Kolster se sentó en el sofá, la copa de champaña en las manos.

Tova y Lydia dejaron las suyas sobre la mesa y se despojaron de sus túnicas, quedando con aquellos minúsculos pantaloncitos dorados y brillantes que sólo cubrían su sexo y no totalmente el vello de su pubis.

A Jed Kolster casi se le cayó la copa de las manos, pues no esperaba que las hermosas equilibristas pidieran guerra de una manera tan rápida y tan directa.

Apenas habían tomado un sorbito de champaña, y ellas ya estaban prácticamente desnudas, dispuestas para lo que se suponía no iba a llegar hasta después de haber tomado unas cuantas copas y charlado un rato.

Evidentemente, a Tova y Lydia no les gustaba perder el tiempo, y preferían ir directamente al asunto.

Y lo demostraron, sentándose junto a Jed Kolster, a quien empezaron a besar y acariciar, las dos a la vez, muy pegaditas a él.

Todo parecía indicar que el encargado de El Gallo Plateado iba a ponerse las botas, pero, paradójicamente, se quedó sin ellas.

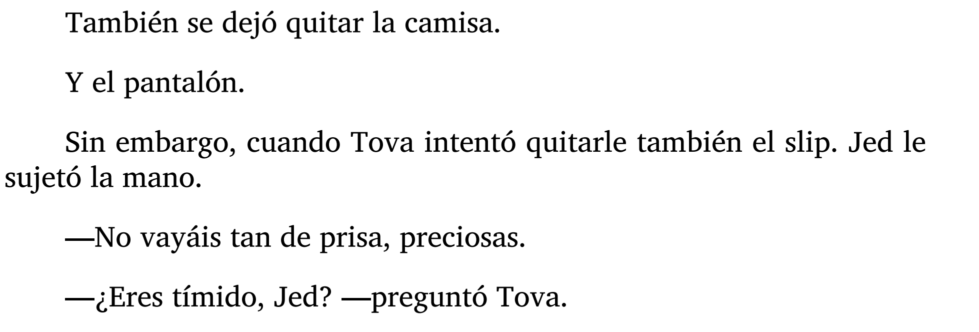
Sí, porque Tova le quitó la derecha y Lydia le quitó la izquierda, dejándolo descalzo.

Y no se conformaron con eso.

Por lo visto, querían dejarlo desnudo, pues Tova ya le estaba abriendo la holgada y brillante camisa, mientras Lydia hacía lo propio con el ajustado pantalón, igualmente brillante.

Y lo hacían sin dejar de darle besitos y prodigarle suaves caricias.

Jed Kolster se dejó quitar de las manos la copa de champaña.



También se dejó quitar la camisa.

Y el pantalón.

Sin embargo, cuando Tova intentó quitarle también el slip. Jed le sujetó la mano.

—No vayáis tan de prisa, preciosas.

—¿Eres tímido, Jed? —preguntó Tova.

—Claro que no.

—Nosotras tampoco —dijo Lydia, y ahora fue ella la que intentó bajarle el slip.

Jed Kolster se lo impidió, utilizando la otra mano.

—¿Por qué ese empeño en dejarme tan rápidamente en cueros? Vosotras todavía no lo estáis.

—Bueno, si es por eso... —sonrió lascivamente Tova, y se despojó del triangulito de tejido dorado que cubría lo más íntimo de su persona.

—Haberlo dicho antes, hombre —sonrió también Lydia, y se apresuró a imitar la acción de su compañera.

Jed Kolster ya no encontró argumento alguno para seguir resistiéndose a despojarse del slip, y cuando la rubia Tova oró de él hacia abajo, no hizo nada por impedírselo.

Ya estaba tan desnudo como ellas.

Jed pensó que las artistas iban, a ponerse a jugar con su masculinidad, para excitarle, pero se equivocó.

Sorprendentemente, Tova y Lydia se levantaron y se apartaron de él un par de metros.

—¿Que pasa ahora? ¿Por qué os alejáis de mí? — preguntó Jed, extrañado.

Sin responder, la rubia Tova abrió el maletín que descansaba sobre uno de los sillones y extrajo un extraño objeto.

—Eh. ¿.qué diablos es eso? —respingó ligeramente Kolster—. ¿Para qué sirve?

—Tranquilo, Jed —le sonrió la morena Lydia—. Sólo vamos a

tomarte unas fotos.

Kolster volvió a respingar, ahora con fuerza.

—¿Fotos?... ¿Tomarme fotos en cueros?... ¡Ni hablar de eso, guapas! —se negó rotundamente, poniéndose en pie de un brinco.

—Súbete al sofá, Jed —indicó Tova.

—¿Es que no habéis oído lo que he dicho...? ¡No quiero que me toméis fotos desnudo! —gritó Kolster.

—Primero ponte de frente, Jed —siguió indicando Tova.

—¡No me voy a poner de ninguna de las maneras! —rugió Kolster —, Yo he venido aquí a divertirme con vosotras, no a serviros de modelo. Si insistís en esa tontería de las fotos, me visto y me largo.

La morena Lydia se acercó a él, con movimientos sensuales y una voluptuosa sonrisa en los labios.

Jed pensó que la artista iba a besarle y abrazarle, para tratar de convencerle así, y que él se dejara tomar las fotos, pero se equivocó de nuevo.

Bueno, esta vez, sólo se equivocó a medias.

Lydia trató de convencerlo, pero no con besos y dulces caricias, sino a bofetadas.

¡Y qué bofetadas!

La primera lo tiró sobre el sofá, haciéndole sangrar inmediatamente por la comisura de la boca.

Jed Kolster quedó absolutamente perplejo.

En primer lugar, por la contundencia del sopapo.

Parecía imposible que una mujer pudiese golpear con esa fuerza.

El segundo motivo de la perplejidad del encargado de El Gallo Plateado era que la morena Lydia le había sacudido sin alterar lo más mínimo su gesto.

Sí.

La artista seguía con aquella voluptuosa sonrisa en los labios, como si en vez de darle la galleta di siglo le hubiese dado un cálido beso en los labios.

En tono suave, Lydia ordenó:

—Ponte de pie sobre el sofá, Jed.

Kolster reaccionó.

Se puso en pie, sí, pero de subirse al sofá, nada.

Y así se lo dijo a la pareja de equilibristas.

—¡De pie en el sofá se pondrá vuestra tía!

Hizo ademán de tomar su ropa, para vestirse, pero ni siquiera llegó a tocarla, porque Lydia le dio otra tremenda bofetada, ahora con la mano izquierda, y lo tiró nuevamente sobre el sofá.

Fue demasiado ya para Jed Kolster.

El no era partidario de golpear a las mujeres, pero había recibido dos bofetadas como dos pianos de grandes, sin motivo alguno, además, y eso le había encendido la sangre de tal manera que estaba dispuesto a devolvérselas a la artista si ella intentaba abofetearle de nuevo.

Brincó del sofá y rugió:

—¡No voy a consentir que…!

«¡Plaff!»

La tercera bofetada fue tan rápida que Jed Kolster no pudo esquivar la mano de la morena Lydia, suave como el terciopelo, pero dura como la piedra, y se derrumbó de nuevo sobre el sofá.

—Será mejor que obedezcas, Jed —aconsejó la rubia Tova, que seguía con aquel extraño objeto en las manos.

Kolster, con la cara roja como un tomate, a causa de las bofetadas y de la cólera que hervía en su pecho, se puso en de un salto y atacó a Lydia, cuya barbilla buscó con su puño.

La artista burló con sorprendente facilidad el puñetazo de Kolster y respondió con un golpe en el costado, propinado con el filo de la mano, que obligó al encargado de El Gallo Plateado a doblarse como un garrote, al tiempo que emitía un rugido de dolor.

Lydia le golpeó de nuevo, ahora en el centro de la espalda, y Jed se desplomó como una res apuntillada, rugiendo nuevamente de dolor.

Sí retorció en el suelo, los ojos cerrados apretadamente, rostro contraído, la boca entreabierta.

Tova habló de nuevo:

—No queremos hacerte daño, Jed. Sólo tomarte unas fotos desnudo. ¿Por qué te importa tanto eso?

Kolster no respondió.

El dolor que sentía en el costado y en la espalda le impedía hablar.

—Ponte en pie y súbete al sofá, Jed —ordenó Lydia—. Si no lo haces, te golpearé entre los muslos y el dolor será mucho mayor.

Kolster no dudó que la morena haría lo que decía si él no obedecía, y como no se encontraba con fuerzas para atacarla de nuevo, se incorporó con dificultad y se subió al sofá.

Como se hallaba encogido, a causa del dolor. Tova indicó:

—Estira el cuerpo, Jed.,

—No puedo, me duele.

—Vamos, hazlo, o Lydia tendrá que ayudarte. Y ya sabes cómo.

Sí, Jed Kolster ya sabía cómo.

A golpes.

Por eso se puso recto sin su «ayuda».

—Perfecto, Jed —sonrió Tova, y le enfocó con aquel extraño objeto que, según ellas, era una cámara fotográfica. Lo accionó e indicó—: Date la vuelta, precioso.

Kolster soltó un taco entre dientes y se puso de espaldas.

Luego, de perfil.

De un lado y de otro.

—Ya está, Jed —dijo Tova, devolviendo el extraño aparato al maletín, el cual cerró.

Kolster se bajó del sofá.

—¿Puedo vestirme ya? —preguntó, mirándolas con odio a las

dos.

—¿Vestirte, ahora que vamos a empezar a divertirnos de verdad? —sonrió Lydia.

Kolster sintió deseos de estrellarle el puño en la cara, pero se contuvo, porque un sexto sentido pareció advertirle que fallaría, y se limitó a gruñir:

—Yo ya no estoy para diversiones, sólo deseo largarme.

—Pues no vas a largarte, Jed. Si tú no tienes ganas de diversión, Tova y yo sí las tenemos. ¿No es cierto, Tova...? —sonrió con ironía Lydia.

—¡Ya lo creo! —rió su compañera, y empujó con la mano a Jed Kolster, obligándole a sentarse en el sofá.

Apenas unos segundos después, daba comienzo lo que para Tova y Lydia era pura diversión, pero que para el hombre de confianza de Sholto Arkin fue un auténtico horror, una espantosa pesadilla hecha realidad, de la que no pudo librarse pese a intentarlo con una exasperación que rozaba los límites de la locura.

CAPITULO IV

Todos los empleados de El Gallo Plateado habían abandonado ya el club por la puerta de atrás.

Sholto Arkin, como de costumbre, dio una vuelta por el local para asegurarse de que todas las luces estaban apagadas, antes de irse a dormir.

La planta superior del club era su vivienda, y allí tenía sus habitaciones.

Sholto se dirigía ya hacia la escalera que conducía al piso alto, cuando escuchó pasos precipitados.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, volviéndose.

—¡Soy yo, señor Arkin! —respondió una voz femenina.

—Yelena...

Si.

Era Yelena Dalzell, la bella camarera que no sabía soportar que los clientes se metiesen con ella de vez en cuando.

Sholto se acercó a la joven, que vestía un bonito y sugestivo chaleco brillante, de color rojo, y unos pantalones muy anchos, plateados, cuyas perneras desaparecían dentro de las botas, de media caña, doradas.

—¿No te habías marchado ya, Yelena...?

—Sí, pero me he visto obligada a volver, señor Arkin —respondió la camarera, que parecía asustada.

—¿Olvidaste algo?

—No, nada.

—Pareces, nerviosa, Yelena —observó Sholto.

—Lo estoy, señor Arkin.

—¿Cuál es el motivo?

—El tipo al que le mordí la oreja.

—¿Qué pasa con él?

—Me estaba esperando en una esquina.

—¿De veras...?

—Sí, señor Arkin. Sin duda quiere cobrarse el bocado que le di en la oreja, mordiéndome él a mí otras cosas mucho más intimas. Por fortuna, le descubrí a tiempo y volví corriendo al club.

Sholto sonrió.

—No tengas miedo, Yelena. Yo te acompañaré al hotel.

—No, señor Arkin; prefiero pasar la noche aquí.

—¿En el club...?

—Si.

—Pero...

—Prometo no causarle ninguna molestia, señor Arkin. Me tumbaré en cualquier sitio y me estaré muy quietecita toda la noche, le doy mi palabra.

—¿Por qué no quieres que te acompañe al hotel?

Yelena Dalzell se mordió los labios.

—El tipo me está esperando, ya se lo he dicho.

—Yendo conmigo, no se atreverá a meterse contigo.

—Temo que sí, señor Arkin.

—Yo te defenderé, no te preocupes.

—Sé que lo haría, y muy bien, además. Pero no quiero causarle problemas, señor Arkin. El tipo es un cliente, y si le sacude usted, no volverá a poner los pies en su local.

—No importa.

—A mí sí me importa, señor Arkin. Yo provoqué el incidente, y no quiero ser la causa de otro. Déjeme pasar aquí la noche, por favor. El tipo se cansará de esperar y se marchará

—Está bien. Si insistes...

—Gracias, señor Arkin —sonrió Yelena.

—Anda, vamos —indicó Sholto.

—¿Adonde?

—Arriba, naturalmente.

—¿No voy a dormir aquí abajo?

—Aquí abajo no hay camas, Yelena.

—¿Y cuántas hay arriba?

—Una; la mía.

—No me diga más. Usted quiere acostarse conmigo. , —Dormiremos juntos, pero no te tocaré, no temas.

—¿Cómo puedo estar segura de eso?

—¿He intentado aprovecharme de ti alguna vez, en el tiempo que llevas trabajando en el club?

—Ni una sola.

—¿Y qué conclusión sacas de ello?

—Que no le gusto ni pizca.

—No digas tonterías, Yelena.

—Todas las demás camareras se han acostado más de una vez con usted, se lo he oído contar. A mí, en cambio, jamás me lo propuso. ¿Por qué? Pues, porque no le gusto. Está más claro que el agua.

—¿Y si yo te dijera que me gustas más que ninguna?

—No le creería.

—Pues no me creas, pero te lo digo.

—Señor Arkin... —musitó la joven, con un brillo de emoción en la mirada.

—Es la verdad, Yelena.

—¿Y por qué nunca me propuso que...?

—Porque desde el primer día me di cuenta de que tú no eres como las demás camareras que trabajan en el club. Tú eres una buena chica, Yelena. No quiero decir con ello que otras chicas sean malas, no. Pero a ellas no les importa acostarse conmigo, con Jed Kolster, con

cualquier otro empleado, o con los clientes que se lo propongan. No conceden la menor importancia a las relaciones sexuales. Si el hombre que las invita a compartir una cama es de su agrado, aceptan sin más.

—Bueno, si a mí me gusta un hombre, tampoco me niego a...

—Tendría que gustarte mucho, Yelena. Sé que Jed te lo propuso, y le dijiste que no.

—Por eso me tiene manía.

—¿Jed a ti...?

—Le faltó tiempo para ir a contarle a usted que yo le había mordido la oreja a un cliente.

—Era su obligación, Yelena. Jed es el encargado de mi local y debe tenerme al corriente de todo lo que ocurre en él.

—Si usted me hubiera despedido, Jed Kolster se habría alegrado mucho.

Sholto Arkin sacudió la cabeza.

—Estás completamente equivocada, Yelena. Cuando le dije que no te había despedido, Jed se alegró, y me confesó que disfruta mucho cada vez que te ve sacudirle a un tipo.

—¿De veras...? —parpadeó la joven.

—Sí, créeme. Y dijo también que eres una buena chica, Yelena.

La camarera quedó sin habla.

Sholto añadió:

—Jed no te guarda ningún rencor por haberte negado a compartir una cama con él, Yelena. Sería una tontería, porque Jed es un ligón de categoría y tiene chicas de sobra. Esta noche, sin ir más lejos, se ha ligado a Tova y Lydia, dos hermosas equilibristas que debutarán mañana en el club.

—Le vi hablando con ellas.

—En este momento debe de estar divirtiéndose con las dos. Quiso que yo le acompañara, pero le dije que tenía un compromiso.

—¿Y no era verdad...?

—Claro que no.

—Pues tanto la rubia como la morena están estupendas

—Sí, son muy bellas y poseen un cuerpo sensacional. Pe ro no me pareció correcto acostarme con una de ellas apena conocerlas. Podrían pensar que las he contratado para eso, y no es verdad. Las contraté porque estoy seguro de que su número gustará extraordinariamente al público.

—Tampoco yo lo dudo.

—Bueno, vámonos para arriba, ya —dijo Sholto, tomando del brazo a Yelena.

Subieron al piso alto.

Ya en el dormitorio de Sholto, éste sacó un pijama de armario y lo dejó sobre la cama, muy baja y de forma circular.

—Póntelo mientras me cepillo los dientes —indicó, y se introdujo en el cuarto de baño, cuya puerta cerró.

Yelena Dalzell se desabrochó el sugestivo chaleco y se lo quitó, quedando con el torso desnudo. Sus senos, erectos y desafiantes, eran extraordinariamente bellos, y vibraban a causa de la emoción que embargaba a su dueña.

Yelena se colocó rápidamente la pieza superior del pijama, tan larga y tan ancha, que casi la cubrió hasta las rodillas, razón por la cual decidió prescindir de la pieza inferior.

Se quitó las botas y los brillantes pantalones, conservando el breve slip, y se metió en la cama con prontitud.

Algunos minutos después, Sholto Arkin salía del cuarto de baño, su musculoso y velludo tórax desnudo, y la parte inferior de su cuerpo cubierta con un pantalón de pijama.

Al descubrir sobre la cama el pantalón del otro pijama, el que él le ofreciera a la camarera, lo tomó y preguntó:

—¿No quieres el pantalón, Yelena?

—Es usted tan alto y tan corpulento, que su chaqueta me hasta las rodillas —explicó la joven, con una nerviosa risa.

Sholto sonrió también, dejó el pantalón sobre una silla, y luego se acostó.

La cama era tan amplia, que podrían dormir los dos toda noche

sin que sus cuerpos se rozasen ni una sola vez. Sholto oprimió uno de los botones que se veían en la pared, muy cerca de la cama, y la luz de la habitación se tornó rojiza, suave, exótica, terriblemente sugerente.

—Buenas noches, Yelena —dijo, con una tierna sonrisa. —Buenas noches, señor Arkin —respondió la camarera, sonriéndole a su vez con maravillosa dulzura.

Sholto sintió deseos de besarla, pero se contuvo, porque Yelena podía pensar que deseaba otras cosas. Dio media vuelta y quedó de espaldas a la joven.

Transcurrieron cinco largos minutos en completo silencio. De pronto, Sholto oyó susurrar a Yelena:

—Señor Arkin...

El propietario de El Gallo Plateado se volvió y la miró.

—¿.Sí, Yelena?

La joven se mordisqueó el labio inferior, visiblemente nerviosa y preguntó:

—¿Es cierto que le gusto más que las otras camareras?

Sholto sonrió.

—Muchísimo más, Yelena.

—Usted también me gusta a mí, señor Arkin —confesó ella.

—¿Lo suficiente como para...?

—Sí —respondió Yelena, sin vacilar. Sholto alargó la mano y acarició con suavidad su dorado cabello.

—Yelena... —musitó, mirándola fijamente a los ojos.

Ella acercó su cuerpo al de él, sin el menor asomo de malicia en su expresión, y pidió cálidamente:

—Béseme, señor Arkin.

Sholto posó sus labios sobre los de ella, con infinita ternura, al tiempo que le acariciaba la mejilla, el cuello, la deliciosa orejita.

Notó que Yelena se estremecía dulcemente al contacto di su mano y de sus labios, y que los de ella temblaban como si fuera la primera vez que un hombre la besaba.

Sholto separó su boca de la de ella y la miró.

Vio que tenía los ojos cerrados.

—Yelena...

Ella levantó los párpados.

—¿Qué?

—¿Estás enamorada de mí?

Yelena permaneció más de quince segundos callada.

Finalmente, preguntó:

—¿Tengo necesariamente que responder a eso, seño Arkin?

—No.

—Entonces, prefiero no hacerlo.

—Como quieras —sonrió Sholto, y la besó de nuevo, ahora con pasión, y su mano no tardó en introducirse por debajo de la pieza superior del pijama que cubría el cuerpo de Yelena, cuyos prietos y cálidos senos empezó a acariciar tiernamente.

CAPITULO V

Cuando Sholto Arkin se despertó, descubrió que Yelena Dalzell no se encontraba junto a él.

Tampoco estaban su chaleco, sus pantalones y sus botas.

Evidentemente, Yelena se había levantado y se había vestido antes de que él despertara del largo y profundo sueño que sigue tras una noche de amor y placer,

¿Estaría en el cuarto de baño...?

Con el fin de averiguarlo, Sholto apartó la sábana y se levantó, completamente desnudo. Se puso el slip y entró en el cuarto de baño. Lo halló vacío. Yelena se había marchado.

¿Por qué así, sin decir nada?

¿Acaso se avergonzaba de lo que...?

Sholto se dijo que no, que Yelena no podía avergonzarse de nada de lo que había pasado, porque había sido maravilloso en todos los sentidos y, para los dos, aquélla sería una noche inolvidable.

En fin, cuando viera a Yelena, ya le explicaría ella por qué abandonó su lecho de un modo tan extraño.

Sholto se duchó, se afeitó y se vistió, abandonando seguidamente su dormitorio. Como de costumbre, él mismo se preparó el desayuno y dio buena cuenta de los sabrosos y nutritivos alimentos.

Después, Sholto bajó al club.

El personal encargado de la limpieza trabajaba ya en el local.

Sholto se dirigió a su despacho, donde esperaría la llegada de Tova y Lydia, cuyo contrato tenía a punto para la firma.

Llevaba unos diez minutos en él, cuando Jed Kolster hizo acto de presencia, alegre y risueño.

—Buenos días, Sholto.

El propietario de El Gallo Plateado se quedó mirándolo.

—Me sorprendes, Jed.

—¿Por qué?

—No esperaba verte por el club hasta mucho más tarde ¿O es que no fuiste en busca de Tova y Lydia...?

—¡Naturalmente que fui en busca de esas dos preciosidades!

—Pues te encuentro fresco como una rosa.

—Eso es lo que te sorprende, ¿eh?

—Sí. Después de una noche con dos mujeres como Tova y Lydia, deberías hallarte más muerto que vivo.

Jed Kolster rió.

—Supe dosificar mis fuerzas, Sholto.

—Salta a la vista que sí.

—¿Qué tal te fue a ti?

—¿A mí?

—Dijiste que tenías un compromiso, ¿no?

—Oh, sí, es cierto —carraspeó Sholto.

—¿Rubia, morena, castaña, pelirroja...? —preguntó maliciosamente Jed.

—Rubia.

—¿Lo pasaste bien?

—Fenomenal.

—Con Tova y Lydia te lo hubieses pasado todavía mejor

—Lo dudo.

—Esta noche te convencerás.

—¿Esta noche...?

Tova y Lydia nos esperan. No volverás a fallarme, ¿verdad?

—Me temo que sí, Jed.

Oh, no, Sholto... Les prometí que te llevaría conmigo esta noche.

No debiste hacerlo, Jed. —Hombre, yo creí que...

—Lo siento, Jed, pero vuelvo a estar comprometido esta noche.

—¿Con quién?

—Con la misma chica de anoche.

—Oh, repetir dos noches seguidas con la misma mujer no tiene aliciente, Sholto. Lo sé por experiencia.

—Depende de la mujer, Jed.

—¿Tanto te atrae esa rubia?

—Mucho.

—¿Quién es?

—Prefiero mantenerlo en secreto, por ahora.

—Vaya, secretitos y todo, ¿eh?

Sholto Arkin no respondió, se limitó a sonreír.

Jed Kolster dio un manotazo al aire y gruñó:

—Está bien, no me digas de quién se trata. Pero conste que me haces una faena dejándome nuevamente solo con Tova y Lydia, Sholto.

—No lo creo. Con lo bien que tú sabes dosificar tus fuerza…

—¡Vete al diablo, Sholto! —se enfadó Jed, al ver que la sonrisa de Arkin estaba llena de ironía, y salió con paso rápido del despacho. Sholto no pudo contener la risa.

* * *

Unos quince minutos después, llegaban Tova y Lydia, vistiendo trajes de una sola pieza, tan delgados y tan ajustados, que hasta la curva más insignificante de sus turbadores cuerpos quedaba perfectamente señalada.

Como, además, los trajes eran de color carne, al primer golpe de vista parecía que iban desnudas, y Sholto Arkin sintió un cosquilleo en la sangre.

Tras los saludos de rigor, Tova y Lydia se sentaron frente a la mesa de Sholto, siguiendo una indicación de éste.

Sholto les presentó el contrato.

Tova y Lydia lo leyeron atentamente y luego estamparon las dos su firma en él, porque se hallaban conformes con todas sus cláusulas.

Sholto lo firmó también y les entregó una copia, diciendo

—Perfecto, chicas. Esta noche, a debutar.

—¿Y luego...? —preguntó la rubia Tova.

—¿Luego de qué?

—Del debut —respondió la morena Lydia.

—No entiendo, preciosas.

—Le esperábamos anoche, señor Arkin —dijo Tova.

—Oh, se trata de eso... —carraspeó Sholto.

—Jed nos dijo que no pudo venir porque tenía un compromiso.

—Y lo tenía, es verdad.

—¿Podrá venir esta noche, señor Arkin? —pregunte Lydia, besándolo con los ojos.

—Me gustaría, pero...

—¿Tiene otro compromiso, señor Arkin? —inquirió Tova, mirándolo del mismo modo que su compañera.

Sholto estuvo a punto de responder que no, que no tenía ningún compromiso y que acudiría encantado a la habitación 210 del hotel Ceres, pero en seguida pensó en Yelena Dalzell, y en lo feliz que se había sentido con ella entre sus brazos, y supo vencer el deseo que la pareja de sensuales y hermosas equilibristas habían despertado en él con su excitante forma de mirar.

—Sí, tengo otro compromiso —respondió.

—Qué lástima —dijo Lydia.

—Tal vez mañana, ¿no, señor Arkin? —sugirió Tova.

—Sí, tal vez —contestó Sholto.

—Esperaremos ese momento con viva ansiedad —sonrió morena Lydia, poniéndose en pie.

La rubia Tova se levantó también.

Sholto Arkin se irguió igualmente y se mantuvo así hasta que las artistas salieron del despacho, balanceando provocativamente sus exuberantes caderas.

Luego, Sholto volvió a sentarse en su sillón.

Bueno, más exacto sería decir que se derrumbó materialmente en él, impresionado por aquella especie de «Danza del Trasero» que le habían dedicado Tova y Lydia.

* * *

Ulla Okeland trabajaba también como camarera en El Gallo Plateado.

Al igual que Yelena Dalzell, se alojaba en el hotel Zulo, un establecimiento de categoría bastante inferior a la del hotel Ceres, por ejemplo, que era donde se hospedaban Tova y Lydia.

Ulla, una pelirroja de figura tremendamente sugestiva, llevaba ya más de un año prestando servicio en El Gallo Plateado, y como Sholto Arkin pagaba unos sueldos generosos a sus empleados, y Ulla era una chica ahorrativa, muy pronto dispondría del dinero suficiente para adquirir una vivienda en Siderius City, y podría abandonar definitivamente el hotel Zulo.

Como El Gallo Plateado cerraba sus puertas muy tarde ninguna de las camareras solía levantarse temprano, a menos que tuviese necesidad de ello.

Por eso, cuando sonó el timbre de la puerta, Ulla Okeland se hallaba todavía en la cama, plácidamente dormida.

El primer timbrazo no la despertó, pero sí el segundo mucho más largo.

Ulla se desperezó en la cama, la sábana enrollada a la parte media de su cuerpo, totalmente desnudo.

Siempre dormía así, sin nada.

—¿Quién diablos será? —rezongó, molesta porque su dulce sueño se hubiese visto interrumpido.

El timbre sonó por tercera vez.

—¡Ya voy, maldita sea! —gritó, saltando de la cama.

Fue una tontería que gritara, porque tanto las paredes como la puerta estaban hechas a prueba de ruidos, y ni en el corredor ni en las habitaciones contiguas podían oírla, por mucho que chillara.

Ulla se enfundó su bata y acudió a abrir, descalza.

Cuando vio que era el simpático y agradable Jed Kolster quien aguardaba en el corredor, su ceño se desfrunció en acto y su rostro adquirió una expresión que denotaba clara mente la alegría que le había causado la visita del encargado del club.

—Jed... —musitó dulcemente.

—Hola, Ulla —le sonrió Kolster, que portaba un maletín en la mano izquierda.

—Qué agradable sorpresa.

—¿Puedo pasar?

—Naturalmente. Ya sabes que tú siempre eres bien recibido, Jed.

—Gracias.

Kolster entró en la habitación.

La atractiva pelirroja, pensando que el encargado de El Gallo Plateado había ido a verla porque deseaba hacerle el amor —siempre que acudía a su habitación era para eso—, cerró la puerta y empezó a aflojarse el cinturón de la bata, los ojos fijos en él, los labios entreabiertos, formando una incitante sonrisa.

Jed Kolster esperó a que la camarera se despojara de la bata y quedara completamente desnuda ante él. Entonces, dijo:

—Antes de hacer el amor contigo, me gustaría tomarte unas fotos, Ulla.

—¿Tomarme fotos...? —se sorprendió ella.

—Sí.

—¿Desnuda...?

—Sí. No te importa, ¿verdad?

—¿Para quién son esas fotos, Jed?

—Para mí, naturalmente.

—¿Y para qué las quieres?

—Me ha dado por coleccionar fotos de hermosas y atractivas mujeres desnudas, y quiero que tú seas la primera que figure en mi álbum.

—¿De veras...? —Ulla se sintió profundamente halagada.

—Sí.

—¿Y por qué precisamente yo la primera, Jed?

—Porque eres una de las chicas más preciosas y esculturales que conozco, Ulla. Y porque, además, siento un gran afecto por ti, tú ya lo sabes.

Ella se le acercó, le pasó los brazos por el cuello, y pegó su desnudo cuerpo al de él.

—Dejaré que me hagas todas las fotos que quieras, Jed —dijo, y lo besó en los labios, muy expertamente,

Kolster le acarició la suave espalda, las curvadas caderas y las redondeadas nalgas con su mano derecha, porque la otra, la izquierda, seguía sosteniendo el maletín.

La complaciente camarera quiso abrirle la brillante y ancha camisa, para acariciarle el torso, pero Jed le sujetó la mano y rogó:

—Primero las fotos, Ulla.

—Como quieras —le sonrió ella.

—Súbete a la cama, te las tomaré ahí —indicó Jed.

Uila se tendió en el lecho, sensualmente.

Jed Kolster sacudió la cabeza.

—No, echada no, Ulla. Ponte de pie.

—¿De pie...?

—Sí.

—Tumbada resulto más excitante y deseable, Jed...

—Tal vez, pero es que no se trata de eso, Ulla.

—De acuerdo, me pondré de pie —rezongó la camarera, irguiéndose.

Jed Kolster ya había extraído del maletín el extraño objeto que la noche anterior utilizara la rubia Tova.

—¿Eso es una cámara fotográfica...? —exclamó Ulla, señalando el raro aparato.

—Sí —asintió Kolster.

—Pues sí que es rara, hijo.

—No te muevas, Ulla.

—Ya soy una estatua —sonrió la camarera, quedándose muy quieta.

Jed accionó el extraño objeto.

Luego, pidió a Ulla que se pusiera de espaldas a él.

Después, de uno y otro perfil.

—Listo, preciosa —sonrió Kolster, guardando el aparato en el maletín.

—¿Sólo cuatro fotos, Jed,..? —dijo Ulla, un tanto desilusionada.

—Son suficientes.

—Y ninguna acostada.

—Las necesitaba de pie —explicó Kolster, que ya se estaba desnudando.

Esto último hizo que Ulla Okeland se olvidara de las fotos y pensara en lo otro, en lo bien que se lo iba a pasar con Jed Kolster.

Se tendió voluptuosamente en la cama, y esperó a que el encargado del club se echase junto a ella y empezara a besarla y acariciarla con la sabiduría que le caracterizaba.

Desgraciadamente para ella, Jed Kolster no iba a hacer eso.

Entre otras cosas, porque no era Jed Kolster, sino un horroroso ser que había adoptado la imagen del encargado de El Gallo Plateado.

Ulla Okeland empezó a sospechar que algo extraño sucedía cuando vio que la mirada de Jed Kolster se tornaba dura, gélida,

peligrosa.

Ya estaba tan desnudo como ella, pero no se acercaba a La cama.

Se había quedado quieto, mirándola fijamente.

Ulla, que ya sentía algo muy parecido al miedo, murmuró:

—¿Qué te ocurre, Jed...? ¿Por qué me miras de ese modo tan frío y tan severo?

El falso Jed Kolster no le respondió con palabras, sino con hechos.

Súbitamente, su desnudo cuerpo empezó a transfigurarse, a sufrir una horrible mutación, acompañada de unos sordos y extraños rugidos que, por sí solos, hubieran bastado para que a la camarera se le helase la sangre en las venas.

Ulla Okeland empezó a temblar sobre la cama, a tiritar literalmente, como si, de pronto, el intenso frío de Plutón hubiese azotado su cuerpo desnudo.

Pálida, estremecida, desencajada, con unos ojos tan dilatados que parecían huevos de gallina, siguió segundo a segundo la escalofriante mutación del falso Jed Kolster.

Cuando el ser adquirió su auténtica y alucinante imagen, Ulla Okeland, que jamás había tenido ante sí algo tan terrorífico y tan estremecedor, lanzó un chillido de horror y se desmayó.

CAPITULO VI

Llamaron a la puerta del despacho.

—¡Adelante! —autorizó Sholto Arkin.

La puerta se abrió y Yelena Dalzell entró en el despacho.

Sholto se puso en pie.

—Yelena...

—Buenos días, señor Arkin —saludó la joven, sonriendo tímidamente.

Sholto salió de detrás de su mesa y se acercó a la muchacha, a la cual tomó suavemente por los hombros. La besó cálidamente en los labios y preguntó:

—¿Por qué te fuiste así, Yelena?

—Tuve que hacerlo, señor Arkin.

—¿Te sentías avergonzada?

—Sí, mucho. Pero no por lo que pasó entre nosotros, sino por lo que hice yo para que eso pasara —confesó la joven, bajando la cabeza.

Sholto le tomó la barbilla y la obligó a levantarla de nuevo, con suavidad.

—¿Qué hiciste, Yelena?

—Le mentí, señor Arkin.

—¿De veras?

—No era cierto que el tipo al que mordí la oreja me estuviese esperando en una esquina, para vengarse.

—¿No...?

—No, señor Arkin. Me lo inventé para justificar mi regreso al club. Tenía intención de conquistarle.

—¿Ah, sí...?

—Yo me sentía atraída hacia usted desde el día que empecé a

trabajar en el club, y como usted no parecía hacerme ningún caso, decidí tomar la iniciativa. Las cosas me salieron rodadas, y conseguí que usted me hiciera el amor. En esos momentos me sentí la mujer más feliz del Universo, pero por la mañana, al despertar...

—¿Qué?

—Me avergoncé de lo que había hecho, ya se lo he dicho antes.

—No veo por qué, Yelena.

—Le engañé, señor Arkin. Me metí en su cama valiéndome de malas artes, y eso está muy feo.

—Te metiste en mi cama porque yo te lo pedí.

—Pero usted no tenía intención de hacerme el amor, y yo...

—No tenía intención, es verdad; pero lo deseaba, Yelena. Ya te confesé cuánto me gustas. Cuando te di las buenas noches, estuve a punto de besarte. No lo hice porque temí que pensaras que deseaba aprovecharme de ti.

—Yo sí que me aproveché de usted, y eso es lo que nunca me perdonaré.

Sholto le acarició tiernamente el cabello.

—Estás equivocada, Yelena. No tú te aprovechaste de mí, ni yo me aproveché de ti. Hicimos el amor porque los dos lo deseábamos. Tú diste el primer paso, eso es cierto, pero sólo porque yo no me atreví a darlo.

—¿No está enfadado, entonces?

—¿Cómo voy a estar enfadado, si pasé una de las noches más maravillosas de toda mi vida?

Las pupilas de Yelena Dalzell brillaron.

—¿Lo dice sinceramente, señor Arkin?

—No necesitas preguntármelo, porque tú sabes que sí. Y tampoco yo necesito preguntártelo a ti. Sé que estás enamorada de mí, Yelena. Anoche no quisiste confesármelo, pero yo lo comprendí en cuanto te di el primer beso. Tus labios temblaban de emoción. Todo tu cuerpo temblaba, bajo mis caricias.

—Es cierto, señor Arkin. Estoy enamorada de usted —admitió la

joven.

—Llámame Sholto.

—No, eso sí que no.

—¿Por qué?

—Usted es el dueño de un club tan importante como El Gallo Plateado, y yo no soy más que una simple camarera.

—Ya has dejado de serlo.

—¿Qué?

—No quiero que los clientes te palmeen el trasero, te manoseen y te den pellizcos. De ahora en adelante, sólo yo tendré derecho a tales libertades. Suponiendo que tú me lo permitas, claro.

Yelena Dalzell, muy nerviosa, preguntó:

—¿Qué es lo que me está proponiendo, señor Arkin?

—Que vivas conmigo, Yelena.

—¿Sin estar...?

—Hablaremos de matrimonio cuando haya que hablar. ¿De acuerdo?

Yelena estaba tan enamorada que no supo ni quiso negarse, y respondió:

—De acuerdo, Sholto —sonrió maravillosamente la ya ex camarera.

Arkin la abrazó y la besó con ganas.

Yelena, al principio, colaboró en la caricia, pero, repentinamente, separó su boca de la de él y exclamó:

—¡Sholto!—¿Qué pasa?

—¡Me había olvidado de que tenía que decirte algo!

—¿Tan importante es, que has interrumpido el beso?

—Creo que sí, Sholto. En realidad, vine a verte por eso, pero nos pusimos a hablar de lo otro y...

—¿De qué se trata, Yelena?

—De Jed Kolster.

—¿Qué pasa con Jed?

—¿No dijiste que anoche fue a divertirse con Tova y Lydia, la pareja de equilibristas?

—Sí, lo dije.

—¿Sabes con certeza que estuvo con ellas?

—Sí, él mismo me lo confirmó, hace un rato.

—¿Y te parece normal que, después de pasar la noche con dos mujeres tan explosivas como ésas, fuera a visitar a Ulla esta mañana?

Sholto respingó.

—¿Que fue a visitar a Ulla...?

—Lo vi entrar en su habitación con mis propios ojos.

—Bueno, quizá no fue a...

—Sí que debió ir a eso, porque estuvo con ella una media hora.

—Es increíble.

—Desde luego. Y, lo que ocurrió después, muy sospechoso.

—¿Qué ocurrió después, Yelena?

—Cuando Jed se marchó, fui a ver a Ulla. Llamé a la puerta varias veces, pero no me abrió.

—¿No...?

—No, Sholto. Al principio, pensé que Ulla había vuelto a dormirse, pero pronto me convencí de que no podía ser esa la causa de que no abriera, y decidí venir a verte.

—¿Temes que le haya ocurrido algo?

—Es posible, Sholto. Jed Kolster llevaba un maletín en la mano, y parecía tener mucha prisa cuando salió de la habitación de Ulla. Me fijé también en la expresión de sus ojos, y no me gustó nada.

—¿Cómo era?

—Fría, extraña, sospechosa...

—¿No serán figuraciones tuyas, Yelena?

—Te aseguro que no. Sholto.

—¿Te vio Jed a ti?

—Por supuesto que no.

—Está bien, vamos.

—¿Al hotel Zulo?

—Sí.

* * *

Sholto Arkin y Yelena Dalzell se hallaban ya frente a la habitación de Ulla Okeland.

El propietario de El Gallo Plateado pulsó el timbre.

Una vez.

Dos.

Tres…

Ulla no abría.

Sholto estaba pensando ya en forzar la puerta, cuando Yelena dio un respingo y exclamó:

—¡Sholto!

Arkin giró la cabeza, descubriendo a Ulla Okeland.

Acababa de aparecer en el extremo del corredor y caminaba ya hacia ellos, muy tranquila y sonriente.

CAPITULO VII

Ulla Okeland, que vestía una descarada miniblusa y unos shorts muy reducidos, lo que le permitía exhibir buena parte de sus erguidos y desarrollados senos, la tersa y morena piel de su estómago, y sus largas y bien formadas piernas, llegó junto a Sholto Arkin y Yelena Dalzell.

--¿Señor Arkin...? ¿Yelena...? —los saludó a los dos, sir dejar de sonreír.

—Hola, Ulla —respondió Yelena, en tono apagado.

—¿Qué hacen frente a la puerta de mi habitación, señor Arkin? —preguntó la atractiva pelirroja.

Sholto carraspeó y explicó:

—Yelena llamó a tu puerta, varias veces, y como no le abrías, temió que pudiera haberte sucedido algo, y vino a buscarme al club.

Ulla rió.

—¿Cómo iba a abrirle, si no me encontraba en mi habitación.

—¿No?

—He pasado la noche fuera, señor Arkin. Un cliente, joven, apuesto y simpático, me invitó a tomar unas copas en su casa, cuando cerrase el club, y yo acepté. Hicimos algo más que tomar unas copas, claro... —sonrió maliciosamente Ulla.

—Entiendo.

Ulla miró a su compañera de trabajo.

—¿Qué querías, Yelena?

—Nada, sólo charlar contigo —respondió la joven, sonriendo nerviosamente.

—Bueno, pues pasa y charlaremos —invitó Ulla, sacando la llave de su bolso, que llevaba colgado al hombro, y abriendo la puerta de su habitación—. ¿Quiere usted pasar también, señor Arkin...?

—No, yo tengo que regresar al club —respondió Sholto.

—Yo también tengo algo que hacer, Ulla —mintió Yelena—. Ya charlaremos otro rato, ¿de acuerdo?

—Como quieras —sonrió la pelirroja.

Sholto y Yelena se despidieron de ella y se alejaron.

Ulla entró en su habitación y cerró la puerta.

Sholto y Yelena se detuvieron.

—Nos ha mentido, Sholto —dijo la joven.

—¿Estás segura?

—¡Pues claro que lo estoy! Ulla estaba en su habitación cuando Jed Kolster llamó. Vi como le abría la puerta y cambiaba unas palabras con él. Ulla iba en bata y tenía cara de acabar de despertarse. No pasó la noche fuera, Sholto, ha dormido en su habitación.

—¿Por qué nos habrá mentido?

—No lo sé. Como tampoco sé por qué no me abrió cuando llamé a su puerta, al poco de irse Jed. Ni por qué éste abandonó con tantas prisas la habitación de Ulla, con aquella gélida y extraña expresión en sus ojos. ¿Y por qué vino con un maletín? ¿Qué llevaba en él?

—No tengo ni idea.

—Todo esto es muy extraño, Sholto.

—Hablaré con Jed.

—Seguro que niega también haber venido esta mañana a ver a Ulla.

—Si lo niega, sabremos que miente, como Ulla.

—¿Sabes lo que pienso, Sholto?

—No.

—Que Jed y Ulla se llevan algo entre manos. Y no debe de ser nada bueno, cuando lo ocultan.

—Me sorprendería mucho, porque yo tengo la mejor opinión de Jed Kolster. Por eso lo hice encargado. Confío plenamente en él, Yelena.

—También yo confiaba en Ulla, y sin embargo…

—Averiguaremos lo que pasa, no te preocupes. Ahora, entremos en tu habitación. Quiero que recojas todas tus cosas y las lleves al club —indicó Sholto.

* * *

Sholto Arkin y Yelena Dalzell entraron en El Gallo Plateado por la puerta de atrás, cargados con las cosas de la muchacha.

Jed Kolster los vio y se acercó a ellos, visiblemente sorprendido.

—¿Adonde vais con todo eso, Sholto...?

—Son las cosas de Yelena —respondió Arkin, observando con fijeza al encargado de su local.

No le pareció que su mirada fuera fría, extraña ni sospechosa.

Sólo reflejaba sorpresa.

—¿Las cosas de Yelena...? —repitió Kolster, desconcertado.

—Va a instalarse arriba, Jed —explicó Arkin.

—¿Contigo...?

—Sí.

—Oh, me parece que ya lo entiendo... Yelena es la rubia que tanto te atraía, ¿no, Sholto?

—Así es, Jed. Por cierto, habrá que contratar una camarera para que ocupe el puesto de Yelena. Ella no trabajará en el club.

—Entendido, Sholto.

—Otra cosa, Jed... ¿Has visto a Ulla esta mañana, por casualidad?

—¿Ulla Okeland...?

—Sí.

—Pues, no, no la he visto. ¿Por qué lo preguntas?

—Olvídalo, no tiene importancia —sonrió Sholto, y él y Yelena se dirigieron hacia la escalera que conducía a la planta superior.

Apenas llegar arriba, Yelena se detuvo y miró a Sholto.

—¿No te dije que Jed lo negaría?

—Acertaste, Yelena.

—Nos mintió, como Ulla. Están los dos de acuerdo.

—Es evidente que sí.

—¿Qué tramarán, Sholto?

—No lo sé, pero te prometo que lo descubriré.

Entraron en el dormitorio.

Yelena se dispuso a guardar sus cosas, pero Sholto la abrazó amorosamente por detrás y depositó un cálido beso en su cuello, sobre una arteria palpitante.

La joven cerró los ojos y se quedó muy quieta.

—Sholto... —musitó.

—¿Sí, cariño?

—¿Qué te propones?

—¿No lo adivinas? —sonrió Arkin, mordisqueándole ahora el lóbulo de la oreja.

—¿Te gusta hacer el amor antes de almorzar?

—Me gusta hacerlo a todas horas, si la mujer es de mi agrado.

—Sholto... —gimió Yelena, porque Arkin le había abierto el chaleco y ya tenía entre sus manos los tibios senos de ella, oprimiéndolos suavemente, acariciando los suaves pezones.

—¿Tú no estás de acuerdo en que antes de almorzar...?

—Sí que estoy de acuerdo, sí que estoy de acuerdo —respondió Yelena, volviéndose y besando a Sholto en los labios, con mucho ardor.

* * *

A las seis en punto, como cada tarde, El Gallo Plateado abrió sus puertas y los primeros clientes empezaron a llegar.

El puesto de camarera dejado vacante por Yelena Dalzell ya había sido cubierto por una llamativa muchacha con el pelo teñido de azul y

acusadas formas, que Jed Kolster presentó a Sholto Arkin con el nombre de Dala Seiko.

Un par de horas después, el local se hallaba casi lleno.

Fue entonces cuando Tova y Lydia hicieron su debut en El Gallo Plateado, y su sola aparición en la pista de atracciones, luciendo aquellos minúsculos pantaloncitos dorados y brillantes que sólo cubrían sus sexos, ya arrancó una sonora salva de aplausos, entusiasmados los espectadores por la fascinadora belleza de la pareja de equilibristas.

Sholto Arkin no había querido perderse la primera actuación de Tova y Lydia, y se hallaba en un ángulo de la sala, acompañado de Yelena Dalzell, quien comentó:

—Todavía no han empezado a actuar, y el público ya les aplaude calurosamente.

—Eso es bueno, Yelena —sonrió Sholto, satisfecho.

—Están las dos que quitan el hipo, hay que reconocerlo.

—A mí me gustas más tú —aseguró Sholto, y la besó fugazmente en los labios.

Al compás de una música suave y exótica. Tova y Lydia iniciaron sus complicados ejercicios, dejando boquiabiertos a los espectadores por la belleza y dificultad del número... y por la tremenda sensualidad de cada uno de los movimientos de sus espléndidos cuerpos.

Al término de su actuación. Tova y Lydia fueron largamente ovacionadas por el público, viéndose obligadas a saludar varias veces, sus humedecidos cuerpos semicubiertos ahora por unas capas brillantes.

Cuando, finalmente, los enfervorizados espectadores les permitieron retirarse de la pista, Sholto Arkin comentó:

—Son sensacionales, ¿verdad, Yelena?

—Desde luego —asintió la joven.

—El público está entusiasmado.

—Que no te entusiasmes tú también, es menester. Y ya sabes a qué me refiero.

Sholto rió.

—Yo sólo me entusiasmo contigo, Yelena —dijo, y la besó.

* * *

Tova y Lydia actuaron dos veces más aquella noche, y aunque eran varias las atracciones que cada día ofrecía El Gallo Plateado a sus clientes, todas, ellas de categoría, las mayores ovaciones fueron para la pareja de magníficas y esculturales equilibristas.

Unos minutos después de su tercera y última actuación de la noche, Tova y Lydia recibieron en su camerino la visita de dos de los hombres que más calurosamente aplaudieran su número.

Se trataba de dos tipos jóvenes, atléticos y no mal parecidos, en cuyos ojos se advertía claramente el deseo de ligar con la pareja de hermosas equilibristas.

Después de presentarse como Stojan y Zoran, y elogiar ambos hasta la exageración la actuación de Tova y Lydia, revelaron de palabra lo que desde el primer momento habían estado revelando con sus miradas, e invitaron a las artistas a tomar unas copas con ellos.

Tova y Lydia aceptaron sin hacerse de rogar, pero pusieron la condición de que fuera en su habitación del hotel Ceres.

Stojan y Zoran estuvieron de acuerdo, porque ellos lo que querían era pasar unas horas con las cautivadoras equilibristas, y no les importaba dónde, siempre que pudieran llevar a cabo sus propósitos, que no eran otros que hacer el amor con ellas, claro.

Lejos estaban ellos de suponer que, de hacer el amor con las artistas, nada.

Tova y Lydia tenían otros planes para con Stojan y Zoran.

Los mismos que tuvieran para con Sholto Arkin y Jed Kolster, y de los cuales el primero se libró porque no acudió a su habitación la noche anterior, ni pensaba acudir aquella noche tampoco.

Esta era la razón por la cual Tova y Lydia habían aceptado la invitación de Stojan y Zoran.

Necesitaban víctimas, para ir desarrollando el diabólico plan que las había llevado a Plutón.

Un plan que les permitiría apoderarse, primero, de Siderius City, y más tarde, de las restantes ciudades.

Sí.

Ese era su objetivo.

Dominar el planeta.

Dominar Plutón.

CAPITULO VIII

Stojan y Zoran quedaron agradablemente sorprendidos al ver que, apenas entrar en la habitación 210 del hotel Ceres, Tova y Lydia se despojaban de sus vestidos y así, prácticamente desnudas, tomaban cuatro copas y escanciaban licor en ellas.

—¿Por qué no nos imitáis, muchachos? —sugirió la rubia Tova, con maliciosa sonrisa.

—Desnudos os sentiréis mucho más cómodos —aseguró la morena Lydia, sonriendo con la misma malicia que su compañera.

Stojan y Zoran cambiaron una mirada.

Sonrieron los dos y, sin pronunciar palabra, se despojaron de sus trajes y sus botas, conservando sólo el slip.

Sentados ya los cuatro en el sofá, tomaron las copas, brindaron por una feliz velada, e ingirieron sendos sorbos de licor.

Tova y Lydia dejaron sus copas sobre la mesa y luego hicieron lo propio con las de Stojan y Zoran, arrebatándoselas prácticamente de las manos.

—Mejor que las tengáis libres —dijo malévolamente Tova, y rodeó con sus mórbidos brazos el cuello de Stojan, quien tuvo un placentero estremecimiento al sentir pegados a su pecho los duros e inhiestos senos femeninos.

—Esperamos que sepáis utilizarlas —añadió lascivamente Lydia, cercando a su vez el cuello de Zoran, quien también se estremeció placenteramente cuando los levantados y macizos pechos de la artista presionaron contra su tórax.

Un par de segundos después, Tova besaba a Stojan y Lydia a Zoran, enervándolos a los dos con el fuego abrasador de sus carnosos y expertos labios.

Stojan y Zoran abandonaron su pasiva actitud y abrazaron con fuerza a las descaradas equilibristas, devolviendo sus excitantes besos, estrujando sus desnudos cuerpos, acariciando ávidamente cada una de sus curvas.

Tova tiró del slip de Stojan y Lydia hizo lo mismo con el slip de

Zoran, dejándolos a los dos completamente desnudos.

Stojan y Zoran, que no habían protestado lo más mínimo, hicieron lo propio con los dorados triangulitos de tejido que cubrían el sexo de las artistas y poco más.

Fue justamente entonces, cuando los cuatro estuvieron sin nada encima, y todo parecía indicar que había llegado el momento de hacer el amor, cuando Tova y Lydia se separaron de Stojan y Zoran y se levantaron del sofá, apartándose unos metros.

Los tipos quedaron desconcertados.

—¿Qué sucede? —murmuró Stojan.

—¿Por qué os apartáis de nosotros ahora que...? —preguntó Zoran.

—En seguida estaremos de nuevo con vosotros, no os preocupéis —aseguró Tova, abriendo el maletín que contenía aquel extraño objeto, el cual tomó.

—Tenemos por costumbre hacer fotos a todos los hombres que nos invitan a pasar la noche con ellos — explicó Lydia.

—¿Desnudos...? —se extrañó Stojan.

—Es como más atractivos encontramos las mujeres a los hombres —sonrió Tova—. ¿No os ocurre a vosotros igual con las mujeres...?

—Desde luego —asintió Zoran, dando un repaso a las exuberantes anatomías de la pareja de equilibristas.

Lydia indicó a los dos hombres que se pusieran de pie sobre el sofá, y ellos obedecieron, porque no les importaba demasiado que las artistas les tomasen unas cuantas fotos en cueros vivos.

Lo que realmente les importaba a Stojan y Zoran era divertirse con las equilibristas, y si ése era el precio que tenían que pagar, lo pagarían con mucho gusto.

Tova les tomó cuatro fotos a cada uno.

—Gracias, muchachos —dijo, devolviendo la extraña cámara fotográfica al maletín.

—¿Nos podemos bajar ya del sofá? —preguntó Stojan.

—Sí, sentaos de nuevo en él, que ahora vamos a empezar a

divertirnos de verdad —rió Lydia.

Stojan y Zoran volvieron a sentarse y extendieron sus brazos hacia las artistas.

—¡Venid, preciosas! —pidió el primero.

—¡A nuestros brazos de nuevo! —dijo el segundo.

Tova y Lydia no se movieron de donde estaban.

Sus miradas empezaron a tornarse duras, heladas, peligrosas, y lo mismo sucedió con sus sonrisas.

La alegría fue borrándose de los rostros de Stojan y Zoran.

—¿Qué... qué os pasa...? —tartamudeó Stojan.

—¿Por qué... por qué nos miráis así...? —balbució Zoran.

Tova y Lydia siguieron calladas.

Quietas.

Tensas.

Repentinamente, sus caras y sus cuerpos empezaron a cambiar de forma, a sufrir una profunda y horrenda metamorfosis, que las convirtió en unos seres realmente aterradores.

Cuerpo largo, casi cilíndrico, con una cola muy gruesa y cinco pares de patas, cuatro antenas en su horrible cabeza, dos de ellas muy largas, un par de ojos muy grandes, salidos, perfectamente redondos y llenos de pequeñas pupilas, muy brillantes y de distinto color, una boca enorme, estremecedora...

En cierta manera, aquellos dos espantosos seres, de piel rojiza y viscosa, recordaban bastante a dos gigantescas langostas marinas puestas de pie.

Dos langostas monstruosas.

Casi dos metros de altura.

Stojan y Zoran no podían creer lo que sus ojos estaban viendo.

Se decían que estaban soñando.

Que se trataba de una horrorosa pesadilla.

Fatalmente para ellos, lo que tenían ante sus espantados ojos eran dos seres reales, y no tardaron en comprobarlo.

Los alucinantes monstruos cayeron sobre Stojan y Zoran de pronto, dando un fantástico salto y emitiendo un par de rugidos capaces de estremecer á las piedras.

Stojan y Zoran gritaron al unísono, horrorizados, y trataron de quitarse de encima aquellos horripilantes seres.

No hubo manera.

Los cinco pares de patas de que disponían las espeluznantes bestias se habían aferrado a los desnudos cuerpos de sus víctimas, hasta clavarse en ellos, desgarrando la carne y haciendo brotar la sangre a borbotones.

Stojan y Zoran volvieron a chillar, ahora de dolor, y se agitaron desesperadamente bajo los monstruosos cuerpos de los bichos, cuyos feroces dientes entraron también en acción, destrozando las caras de sus víctimas, sus cuellos, sus hombros, su caja torácica...

Como los desgarradores aullidos de Stojan y Zoran no podían oírse fuera de la habitación, nadie acudió en su ayuda, y los horribles seres siguieron devorándolos, engullendo sus carnes y sus vísceras, sorbiendo su sangre caliente.

Stojan y Zoran dejaron de chillar y de abatirse.

Ya no podían hacer ni una cosa ni otra.

Eran sólo dos cadáveres.

Dos cadáveres horripilantes despedazados y cubiertos de sangre.

El festín, sin embargo, continuó algunos minutos más, porque el voraz apetito de aquel par de monstruosos seres no parecía saciarse.

Cuando al fin dejaron de devorar los cuerpos sin vida de sus víctimas, de Stojan y Zoran sólo quedaban sus esqueletos y algunos jirones de carne pegados a ellos.

Entonces, aquellos horribles seres volvieron a sufrir una profunda mutación, recobrando la forma de dos hermosas y esculturales mujeres terrestres.

Tova y Lydia.

Las equilibristas que aquella noche habían debutado en El Gallo

Plateado, entusiasmando al público.

CAPITULO IX

Sholto Arkin y Yelena Dalzell estaban dispuestos a descubrir lo que se llevaban entre manos Jed Kolster y Ulla Okeland, averiguar por qué ambos les habían mentido, negando que se hubiesen visto aquella mañana.

Con ese propósito, Sholto y Yelena siguieron disimuladamente a Jed y Ulla cuando éstos abandonaron el club aquella noche.

Jed Kolster salió de El Gallo Plateado en compañía de Milka Soyas, una de las camareras del club, y echaron los dos a andar hacia la casa del encargado del local.

Ulla Okeland, por su parte, se reunió a la salida del club con un cliente que la había invitado a tomar unas copas en su casa, aunque ella, astutamente, dijo que prefería que fuesen a tomarlas a su habitación del hotel Zulo.

El tipo no puso objeciones y caminaron los dos hacia allí.

Sholto Arkin y Yelena Dalzell no tuvieron más remedio que separarse, pues la casa de Jed Kolster se hallaba en la zona norte de la ciudad, y el hotel Zulo, en la zona sur.

Sholto siguió a Jed y Milka, y Yelena marchó detrás de Ulla y el tipo que iba con ésta.

Algunos minutos después, Jed Kolster y Milka Soyas entraban en la casa del encargado de El Gallo Plateado.

Sholto Arkin, oculto en una esquina próxima, esperó cosa de media hora, sin que en ese tiempo ocurriera nada.

Estaba ya pensando en marcharse, convencido de que Jed y Milka iban a pasar la noche juntos, y por tanto sería tonto e inútil seguir en aquella esquina, vigilando, cuando vio salir a su hombre de confianza, portando un maletín en la mano izquierda.

Jed cerró la puerta de su casa con llave y echó a andar con paso raudo, como si tuviera prisa,

Sholto lo siguió, a prudente distancia.

Minutos después, Jed Kolster entraba en el Hotel Ceres.

Sholto Arkin se detuvo y permaneció quieto algunos segundos, pensativo.

Adivinaba que Jed iba a reunirse con Tova y Lydia.

¿Tendrían ellas algo que ver en lo que se llevaban entre manos Jed y Ulla...?.

Antes de que pudiera responderse, Sholto vio surgir por una esquina a Ulla Okeland.

La camarera ya no iba acompañada del tipo que la invitara a tomar unas copas, y también ella portaba un maletín en la mano izquierda, como Jed Kolster.

Y parecía tener la misma prisa que él.

Sholto Arkin vio entrar a la atractiva pelirroja en el hotel Ceres, y dedujo que también ella iba a reunirse con Tova y Lydia.

Ya no tenía la menor duda de que la pareja de hermosas equilibristas tenían mucho que ver en el extraño y sospecho so comportamiento de Jed y Ulla.

Mientras pensaba en ello, Sholto descubrió a Yelena Dalzell, semioculta en la esquina por la que unos segundos antes surgiera Ulla Okeland.

Sholto se introdujo los dedos en la boca y lanzó un silbido muy particular, que fue rápidamente captado por Yelena.

Ella le descubrió.

Sholto, con el brazo, indicó a la joven que fuera hacia donde él se encontraba.

Yelena corrió hacia allí.

Después de darse un fugaz beso, la muchacha informó:

—Ulla llevó al tipo a su habitación del hotel Zulo y estuvo con él una media hora. Luego, salió dé ella, sola y con un maletín como el que llevaba Jed esta mañana. La seguí hasta aquí y la vi entrar en el hotel Ceres.

—Algo parecido ha ocurrido con Jed —informó Sholto a su vez, y se lo refirió.

También le habló de sus sospechas de que Tova y Lydia tenían

bastante que ver con la misteriosa actitud de Jed v Ulla.

Yelena iba a hacer un comentario, cuando ella y Sholto vieron aparecer en la calle a Dala Seiko, la nueva camarera contratada por Jed Kolster, la del pelo teñido de azul y acusadas formas.

También ella parecía llevar prisa.

Y también ella se introdujo en el hotel Ceres.

* * *

Apenas adoptar su aspecto humano. Tova y Lydia se colocaron los minúsculos pantaloncitos dorados, las botas y los sugestivos vestidos.

Lo hicieron con mucha rapidez, porque tenían bastantes cosas que hacer. La más importante de todas, borrar las huellas de su doble y espantoso crimen.

Del maletín que descansaba sobre un sillón, extrajeron dos pequeños objetos cilíndricos que semejaban dos pequeñas linternas eléctricas.

Toya apuntó con su aparatito el esqueleto de Stojan y oprimió un diminuto botón rojo.

Del extremo del objeto surgió un rayo azulado.

El esqueleto de Stojan, alcanzado por el rayo, se tornó también azulado y luminoso durante unos segundos.

Después, del esqueleto humano no quedó ni rastro.

Se había desintegrado por completo.

Lydia hizo desaparecer el esqueleto de Zoran, utilizando también el objeto cilíndrico que empuñaba.

Luego, las dos mujeres redujeron al mínimo la potencia desintegradora de sus armas y las accionaron de nuevo, disparando ahora sobre las manchas de sangre que se veían en el sofá y en el suelo.

Todas desaparecieron.

Borradas ya las huellas de su doble crimen, Tova y Lydia guardaron sus armas en el maletín y pasaron a otra cosa, muy importante también: sustituir a las víctimas.

Entre las dos sacaron un gran baúl del dormitorio.

Tova lo abrió de par en par.

Entonces se vio que no era un baúl, sino un sofisticado aparato electrónico que tenía forma de tubo, construido con material transparente.

En el interior del tubo, que despedía una luz amarillenta, cabía perfectamente un ser humano.

Tova empezó a manipular el extraño ingenio electrónico.

Mientras tanto, Lydia extrajo del dormitorio una especie de proyector y una pantalla, disponiendo ambas cosas convenientemente.

Entonces, sacó algo de lo que ella y Tova llamaban cámara fotográfica y lo colocó en lo que parecía ser un proyector.

En la pantalla apareció la imagen de Stojan, fotografiado de frente y totalmente desnudo.

Tova ya tenía preparado el aparato que se hallaba instalado dentro del baúl.

Pulsó una tecla azul.

La luz amarillenta que despedía el enorme tubo transparente se tornó mucho más intensa, al tiempo que un extraño zumbido se dejaba oír de forma intermitente.

El zumbido, como la luz, fue ganando potencia, hasta resultar terriblemente molesto para el oído humano.

De repente, uno de aquellos horribles seres que semejaban gigantescas langostas marinas puestas en pie, apareció en el interior del tubo transparente.

Entonces, Tova pulsó una tecla blanca y la luz amarillenta volvió a ser suave, desapareciendo a la vez el agudo e intermitente zumbido.

Tova pulsó un botón y el tubo se abrió, dejando salir al horripilante ser, quien caminó hacia Lydia.

Esta señaló la pantalla, en la que seguía viéndose desnudo a Stojan, y el monstruoso bicho miró hacia allí.

Lydia esperó unos segundos y luego manipuló el extraño proyector.

Ahora, en la pantalla se vio a Stojan de espaldas.

Más tarde, se vio de un perfil y otro.

El horroroso ser, que había grabado en su cerebro las imágenes aparecidas en la pantalla, procedió a su mutación, convirtiéndose en sólo unos segundos en el doble perfecto de Stojan.

Lydia le entregó las ropas del verdadero Stojan.

El ser se las puso, en silencio.

La voz y los más indispensable conocimientos para poder suplantar al auténtico Stojan, los adquiriría después, mediante otro sencillo proceso.

Entretanto, Tova había hecho aparecer otro de aquellos seres en el interior del tubo transparente.

Minutos más tarde, el ser se convertía en el doble exacto de Zoran, la otra víctima.

Unos minutos más, y ambos seres hablaban ya como los auténticos Stojan y Zoran, con sus mismas voces.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Tres timbrazos cortos y seguidos.

Era la señal convenida para que Tova y Lydia supiesen que quien llamaba era uno de ellos.

Por eso no fue necesario ocultar el baúl, el proyector ni la pantalla.

Tova abrió la puerta.

Era Jed Kolster, porque el auténtico fue devorado la noche anterior por Tova y Lydia.

El falso Jed Kolster entró en la habitación, cuya puerta se apresuró a cerrar Tova, quien preguntó:

—¿Cómo fue todo?

—Perfecto, igual que con Ulla Okeland, esta mañana —respondió el doble de Jed Kolster, sonriente.

—Abre el maletín, de prisa —apremió Tova.

El falso Jed lo puso sobre la mesa y lo abrió, sacando las ropas de Milka Sayas, la camarera que él había devorado aquella noche, después de tomarle las correspondientes fotos desnuda, que también traía en el maletín:

Algunos segundos después, la imagen de Milka Soyas estaba en la pantalla y la rubia Tova se aprestaba a hacer aparecer otro de aquellos seres tan espantosos, para suplantar a la camarera.

En aquel momento, sin embargo, volvieron a llamar a la puerta.

Tres timbrazos cortos y seguidos, como antes.

Era otro de ellos.

Esta vez fue la morena Lydia quien abrió.

Era la falsa Ulla Okeland.

Entró rápidamente en la habitación.

Lydia cerró la puerta y preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, no ha habido ningún problema —respondió la doble de Ulla Okeland, con una sonrisa—. Aquí están las ropas del tipo que llevé a mi habitación. Y las fotos que le tomé, desnudo, antes de dar los conocimientos que almacenaba su cerebro.

—Perfecto —sonrió Lydia.

Minutos más tarde, llamaban de nuevo a la puerta. Del modo convenido. Tova abrió.

Era Dala Seiko, la camarera que había ocupado el puesto de Yelena Dalzell.

Dala no era el doble de nadie.

Había adoptado aquel nombre y aquel físico a su capricho. Era el caso de Tova y Lydia. Ellas tampoco suplantaban a nadie.

Tanto sus nombres como sus físicos eran inventados.

CAPITULO X

Sholto Arkin y Yelena Dalzell seguían ocultos en aquella esquina próxima al hotel Ceres.

—Dala Seiko, la nueva camarera, también está complicada, Sholto... —murmuró Yelena, sorprendida.

—Parece que sí —repuso el propietario de El Gallo Plateado, no menos sorprendido.

—¿Qué estarán tramando todos ellos?

—Es lo que tenemos que averiguar, Yelena.

—¿Cómo, Sholto?

—De momento, esperaremos a que Jed, Ulla y Dala salgan del hotel Ceres, lo cual sospecho que no tardará en suceder.

—¿Por qué piensas que no tardarán en salir?

—Milka quedó en casa de Jed, y el tipo que se fue con Ulla, en la habitación de ésta, lo cual indica que Jed y Ulla piensan volver con ellos.

—Tienes razón, no había caído en eso.

—Confiemos en que sea pronto.

Sholto y Yelena continuaron en la esquina.

Unos treinta minutos después, Jed Kolster salía del hotel Ceres.

Sholto y Yelena se quedaron perplejos al ver que salía acompañado de... ¡Milka Soyas!

Antes de que tuvieran tiempo de reponerse de su sorpresa, vieron salir a Ulla Okeland, acompañada del tipo que la esperara a la salida del club.

Y, un instante después, salían Dala Seiko y el cliente que invitara a ésta a tomar unas copas.

Los seis portaban sendos maletines.

El desconcierto de Sholto Arkin y Yelena Dalzell no tenía límites.

—¿Cómo es posible que…? —musitó el primero.

—¡Esto parece cosa de brujas, Sholto! —exclamó, aunque en voz baja, la joven—. ¡El tipo que acompañaba a Ulla quedó en la habitación de ella, y ahora sale del hotel Ceres!

—También Milka quedó en la casa de Jed, y sin embargo…

—¡Nosotros no los vimos entrar en el hotel Ceres!

—No, no los vimos.

—¿Qué está pasando en Siderius City, Sholto? ¿Cómo es posible que una misma persona se encuentre en dos lugares distintos a la vez?

—No lo sé, Yelena. Científicamente, es imposible; no se puede estar en dos sitios a la vez.

—Pues ha ocurrido, Sholto!

—Tiene que haber alguna explicación lógica.

—¿Tú crees?

—Claro. Y nosotros daremos con ella. Vamos, Yelena.

Jed, Milka, Ulla, dalla y los dos clientes del club se habían separado, tomando cada cual una dirección distinta.

Sholto y Yelena siguieron a Jed Kolster, con las debidas precauciones, para que él no los descubriera.

Jed fue directamente a su casa.

Abrió la puerta con llave y entró.

Sholto y Yelena se miraron.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la joven.

—Sólo se me ocurre una cosa: entrar en la casa de Jed —respondió Arkin.

—¿Cómo?

—Llamando a la puerta, naturalmente.

—Quieres saber si Milka Soyas sigue en la casa, ¿no?

—No puede seguir ahí, porque estaba en el hotel Ceres.

—Tampoco podía estar en el hotel Ceres, porque se encontraba en la casa de Jed, pero…

—Jed nos explicará lo que pasó.

—¿De veras crees que querrá?

—Si no quiere, le obligaré a puñetazos. Vamos, Yelena —indicó Sholto, tomando del brazo a la joven.

Caminaron hacia la casa de Jed Kolster.

Sholto Arkin pulsó el timbre.

Jed tardó un minuto en abrir, y quedó visiblemente sorprendido al ver que se trataba de Sholto y Yelena.

El propietario de El Gallo Plateado sonrió.

—Hola, Jed.

—¿Ocurre algo, Sholto…?

—Tengo que hablar contigo.

—¿A estas horas…?

—Es importante, Jed.

—Está bien, pasad.

Sholto y Yelena entraron en la casa.

Jed Kolster cerró la puerta y los miró a los dos, intrigado.

—¿De qué se trata, Sholto?

—¿Estás solo, Jed? —preguntó Arkin, mirando hacia el interior de la casa.

—Sí, estoy solo —respondió Kolster.

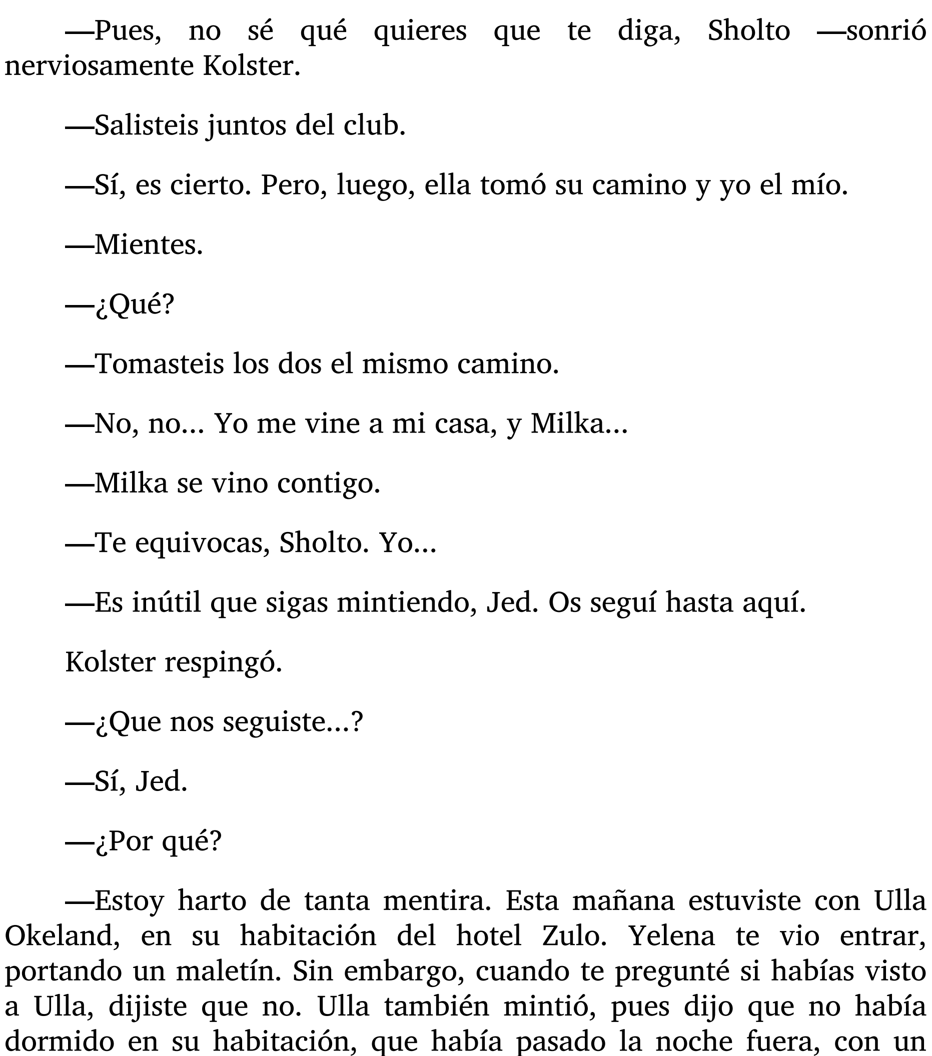
—¿No ibas a pasar la noche con Tova y Lydia?

—Cambié de idea.

—¿Y qué me dices de Milka?

—¿Milka?

—Sí, Milka Soyas.



—Pues, no sé qué quieres que te diga, Sholto —sonrió nerviosamente Kolster.

—Salisteis juntos del club.

—Sí, es cierto. Pero, luego, ella tomó su camino y yo el mío.

—Mientes.

—¿Qué?

—Tomasteis los dos el mismo camino.

—No, no… Yo me vine a mi casa, y Milka…

—Milka se vino contigo.

—Te equivocas, Sholto. Yo…

—Es inútil que sigas mintiendo, Jed. Os seguí hasta aquí.

Kolster respingó.

—¿Que nos seguiste…?

—Sí, Jed.

—¿Por qué?

—Estoy harto de tanta mentira. Esta mañana estuviste con Ulla Okeland, en su habitación del hotel Zulo. Yelena te vio entrar, portando un maletín. Sin embargo, cuando te pregunté si habías visto a Ulla, dijiste que no. Ulla también mintió, pues dijo que no había dormido en su habitación, que había pasado la noche fuera, con un cliente del club.

Jed Kolster no supo qué responder.

—Aún hay más, Jed —prosiguió Sholto Arkin, en tono duro—. Esperé cerca de aquí y te vi salir, pero solo; Milka quedó en la casa. Te seguí hasta el hotel Ceres, y vi también entrar en él a Ulla Okeland y Dala Seiko. También ellas portaban sendos maletines. Un buen rato después, salíais los tres del hotel, junto con Milka y dos clientes del Club. ¿Cómo es posible que Milka Soyas estuviera en el hotel Ceres, si quedó aquí, en tu casa?

Jed Kolster siguió callado, y se veía que su nerviosismo aumentaba por segundos.

Sholto Arkin continuó:

—Estuvisteis todos con Tova y Lydia, ¿verdad? ¿A qué fuisteis allí? ¿Qué portábais en esos maletines? ¿Qué sucio negocio lleváis entre manos?-Vas a contármelo todo. Jed. Por las buenas, o por las malas.

Al ver que Sholto Arkin levantaba el puño, el falso Kolster reaccionó, y trató de ser él quien golpeara primero.

No lo consiguió, porque Sholto esquivó hábilmente su puño y, una fracción de segundo después, le estrellaba el de él en la mandíbula.

El doble de Jed Kolster cayó al suelo y dio una vuelta de campana.

Sholto Arkin le apuntó con el dedo.

—No me obligues a darte una paliza, Jed. Es posible que te la merezcas, pero preferiría no tener que golpearte. Cuéntamelo todo, será mejor.

—¡No voy a contarte nada, maldito! —rugió el falso Kolster, poniéndose en pie con extraordinaria agilidad.

Un segundo después, atacaba a Sholto Arkin.

Pero no con los dos puños, sino con los pies.

Sholto no llegó a explicarse cómo Jed pudo elevarse de aquella manera tan increíble y proyectarse hacia él de aquel modo tan fantástico, pero el caso es que los pies de su encargado le golpearon en el pecho con tremenda dureza y lo mandaron al suelo, haciéndole rodar por él como una pelota.

—¡Sholto! —gritó Yelena Dalzell, angustiada.

Arkin, desde el suelo, dijo:

—Tranquila, Yelena. La pelea no ha hecho más que empezar.

—¡Pero va a terminar muy pronto! —aseguró el doble de Jed Kolster, y saltó sobre el caído Sholto, con intención de propinarle un patadón en la cabeza y dejarlo sin sentido.

Sholto Arkin giró sobre sí mismo con rapidez y los pies de su atacante sólo golpearon el suelo.

El propietario de El Gallo Plateado disparó su pierna derecha y golpeó la cara posterior de las rodillas del falso Kolster, a quien

derribó estrepitosamente.

Sholto se irguió de un salto.

Su enemigo también se incorporó de un brinco.

Se miraron los dos fieramente.

Sholto esperó el ataque de su rival.

No tuvo que esperar mucho, pues el doble de Jed lanzó un grito escalofriante y se proyectó de nuevo contra él, los pies por delante.

Sholto dio un ágil salto hacia su derecha y las botas de su contrincante sólo golpearon el vacío, lo cual hizo que el falso Kolster se propinara un batacazo de campeonato.

Pareció ser el fin de la pelea, pues el doble de Jed Kolster quedó tendido en el suelo, de bruces, completamente inmóvil.

Sholto Arkin exhaló un gemido y se desplomó, sin sentido.

Y él lo había perdido de verdad.

CAPITULO XI

El doble de Jed Kolster se puso en pie con rapidez.

Miró a Yelena Dalzell.

Fijamente.

Fríamente.

Peligrosamente.

Yelena Dalzell, muy pálida, empezó a temblar visiblemente.

El falso Jed avanzó hacia ella.

Lentamente.

Yelena retrocedió, sin apartar los ojos de él.

Hubiera querido alcanzar la puerta, salir de la casa y correr en busca de ayuda, pero Jed Kolster se hallaba entre ella y la puerta, impidiéndole la huida.

De pronto, la espalda de Yelena topó contra la pared.

No pudo retroceder más.

El doble de Jed Kolster se detuvo a un metro escaso de ella.

—A ti no quisiera tener que golpearte, Yelena, pero lo haré, si no me obedeces.

—¿Qué pretendes, Jed? —preguntó la joven, muy asustada.

—Sólo quiero hacerte unas fotos.

—¿Hacerme qué...? —parpadeó Yelena, creyendo no haber oído bien.

—Unas cuantas fotografías.

—¿Para qué?

—Las necesito.

—¿Tiene algo que ver con el asunto que os lleváis entre manos?

—Sí.

—Está bien, dejaré que me las hagas.

—Entra ahí —indicó el falsa Kolster, señalando el moderno *living*.

Yelena obedeció.

Allí, sobre un sillón, estaba el maletín que portara el doble de Jed Kolster.

—Súbete al sofá, Yelena.

La joven lo hizo.

—Ahora, quítate la ropa.

Yelena dio un respingo.

—¿Tengo que posar desnuda…?

—Sí.

—¡No quiero hacerlo!

El falso Jed la miró amenazadoramente.

—¿Prefieres que te quite la ropa yo, Yelena?

—¡Si lo intentas, te saco los ojos! —amenazó a su vez la joven, mostrándole las uñas.

—Tú lo has querido, preciosa —rezongó el ser mutante, acercándose a la muchacha.

Yelena disparó su zarpa derecha, logrando clavar sus uñas en la mejilla izquierda del falso Kolster.

Abrió cuatro largos y dolorosos surcos, pero de ellos no brotó la sangre, sino un líquido verdoso, muy espeso y pestilente, cuya visión dejó paralizada a la joven.

El ser mutante, que había contraído el rostro al recibir el feroz zarpazo, propinó una durísima bofetada a Yelena, derribándola sobre el sofá.

La muchacha, aturdida, intentó incorporarse, pero una segunda bofetada, ahora propinada con el dorso de la mano en la mejilla, la dejó inconsciente.

El doble de Jed Kolster no perdió el tiempo y, en sólo unos segundos, dejó completamente desnuda a Yelena Dalzell.

Entonces, abrió su maletín y extrajo el extraño objeto que ellos utilizaban Como cámara fotográfica, grabador de sonido y de conocimientos cerebrales.

Como Yelena seguía atontada por el par de tremendas bofetadas, el falso Jed tomó una botella de licor y desparramó parte de su contenido por el rostro de la muchacha.

Yelena volvió en sí.

Al verse totalmente desnuda, encogió las piernas y se cubrió el pecho con los brazos.

—Miserable… —murmuró, mirando con odio al doble de Kolster.

Este ordenó:

—Ponte de pie sobre el sofá y deja colgar los brazos a lo largo del cuerpo, porque en las fotografías tiene que verse todo.

Yelena no se movió.

El ser mutante añadió:

—¿Quieres que te abofetee de nuevo, preciosa?

Yelena estaba segura de que lo haría, y como no quería que el falso Jed le reventara la cara a golpes, se incorporó con algún esfuerzo y dejó caer los brazos, exhibiendo totalmente su maravilloso cuerpo desnudo.

El mutante la fotografió de frente, de espaldas, y de ambos lados.

Yelena, al ver que Jed Kolster guardaba su extraña cámara fotográfica en el maletín, pensó que todo había acabado y preguntó:

—¿Puedo vestirme ya?

—No —respondió él.

—¿Qué más quieres hacer conmigo? —se asustó Yelena.

—Divertirme un poco —sonrió cínicamente el ser mutante, y empezó a quitarse la ropa.

Yelena Dalzell aún se asustó más, pues pensó que Jed Kolster iba a violarla.

Con el fin de ganar tiempo, y ver si mientras tanto Sholto Arkin se despertaba y acudía en su ayuda, preguntó trémulamente:

—Tú no eres terrestre, ¿verdad, Jed?

—No, no lo soy —admitió el mutante.

—Lo supe cuando te arañé la cara. Tu sangre no es roja, sino verde.

—Así es.

—¿De dónde procedes?

—De Alcor, un planeta muy lejano.

—¿Tova y Lydia también son de allí?

—Sí.

—¿Y Ulla...?

—Bueno, la auténtica Ulla era terrestre, pero...

—¿Era...?

—Ulla Okeland ha muerto, Yelena. Yo mismo la maté. Uno de nosotros adoptó su personalidad. Lo mismo sucedió con el verdadero Jed Kolster. Tova y Lydia lo mataron anoche, y yo le suplanté. Idéntico fin tuvieron Milka Soyas y los dos clientes del club que esperaban a Ulla y Dala. Dala Seiko también es de los nuestros. Somos ya diez en Siderius City, porque Tova y Lydia mataron esta noche a otros dos clientes del club, llamados Stojan y Zoran, que también han sido suplantados.

Yelena Dalzell sintió que le flaqueaban las rodillas, y no pudo evitar que las piernas se le doblaran, quedando arrodillada sobre el sofá, su desnudo trasero descansando sobre los talones.

Quiso decir algo, pero se hallaba tan aterrorizada, que no le salió la voz.

El doble de Jed Kolster, completamente desnudo ya, añadió:

—-Tú y Sholto Arkin también vais a morir, Yelena. Seréis suplantados por dos de los nuestros. Sumaremos ya doce. Mañana a estas horas, seremos ya veinticuatro. O tal vez más. En muy pocos días, habremos matado y suplantado a todos los habitantes de Siderius City. Luego haremos lo propio con las otras ciudades, y Plutón será

nuestro. Es nuestro objetivo. Más adelante, nos apoderaremos de Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio y, finalmente, de la Tierra. Todo el sistema solar será nuestro.

Yelena Dalzell intentó nuevamente hablar, pero sólo consiguió boquear como un pez fuera de! agua. Sus cuerdas vocales estaban paralizadas por el horror, no podían emitir sonido alguno.

El ser mutante, que parecía gozar con el terror de su víctima, sonrió y dijo:

—Voy a adoptar mi verdadera personalidad, Yelena, para que veas cómo somos realmente los habitantes de Alcor. Sé que no te voy a gustar, porque somos muy diferentes a vosotros, pero tú a mí sí me gustas, porque tienes una carne joven y fresca, y aunque esta noche ya me he comido a Milka, creo que también podré dar buena cuenta de ti y de tu sabroso cuerpo.

CAPITULO XII

Sholto Arkin movió débilmente la cabeza.

Abrió los ojos.

Al principio, lo vio todo borroso, pero poco a poco se le fue aclarando la vista.

Oía hablar a alguien.

No tardó en reconocer la voz de Jed Kolster, y eso le hizo recordar de golpe lo sucedido.

Sholto incorporó el torso con brusquedad.

Casi se le escapa un grito de dolor, pues sintió una terrible punzada en el cuello, recuerdo del duro golpe que allí le propinara Jed Kolster con el filo de la mano.

Sholto se masajeó el dolorido cuello y se puso en pie, lenta y silenciosamente.

Seguía oyendo hablar a Jed, aunque desde allí no podría entender bien lo que decía.

Sholto caminó sigilosamente hacia el *living* y asomó la cabeza, pero sólo lo justo para espiar a Jed Kolster.

Al verlo completamente desnudo, y hallar también así a Yelena Dalzell, el propietario de El Gallo Plateado sintió que la cólera se apoderaba de él y estuvo a punto de irrumpir en la estancia y emprenderla a golpes con el bastando de Jed Kolster.

Si se contuvo, fue porque lo que estaba diciendo Jed Kolster era sumamente interesante.

Así, oculto junto a la entrada del *living*, Sholto Arkin se enteró de todo y, estremecido por las palabras del falso Jed Kolster, comprendió muchas de las cosas que hasta aquel momento le habían parecido un misterio.

Luego, cuando el habitante de Alcor dijo que iba a recobrar su verdadera personalidad para comerse a Yelena, Sholto decidió entrar en acción.

Cerca de él, colgada en la pared como adorno, había una alabarda ([1]).

Sholto la tomó sin dudarlo un segundo e irrumpió en el *living*, justo en el instante en que el ser de Alcor se disponía a recobrar su horroroso aspecto.

El ver aparecer a Sholto Arkin hizo que Yelena Dalzell recobrara la voz.

—¡Sholto…! —chilló agudamente, al borde del desmayo.

El doble de Jed Kolster se revolvió, sin haber iniciado todavía el proceso de su mutación.

Sholto Arkin, que ya sabía lo peligroso que era aquel ser, no se anduvo con contemplaciones, y le clavó la alabarda en el pecho.

El habitante de Alcor lanzó un rugido desgarrador, al tiempo que un torrente de líquido espeso y verdoso brotaba de su destrozado tórax.

El falso Kolster se tambaleó unos segundos, aferrando con sus manos la alabarda, y luego se desplomó en el suelo, muerto.

Al dejar de funcionar su cerebro, el ser de Alcor no pudo seguir manteniendo su falsa personalidad, y sobrevino la metamorfosis, recobrando en sólo unos segundos su verdadero y horripilante aspecto.

Sholto Arkin y Yelena Dalzell se quedaron helados de horror al contemplar aquella especie de gigantesca langosta marina, con su cuerpo largo y casi cilíndrico, su gruesa cola, sus cinco pares de patas, sus cuatro antenas en su espantosa cabeza, sus grandes y salidos ojos, redondos y repletos de pequeñas pupilas, su enorme boca, con varias filas de terroríficos dientes…

Yelena brincó del sofá y se abrazó fuertemente a Sholto, exclamando:

—¡Es un ser alucinante!

Sholto estrechó el cuerpo desnudo de Yelena contra el suyo propio.

Un cuerpo frío, tembloroso, estremecido.

—Cálmate, cariño. Está muerto, no puede hacernos ningún daño.

—¡Quería devorarme!

—Lo sé.

—¡Devoró a Ulla y a Milka!

—Sí, ya lo escuché. Estos seres son mutantes, Yelena; pueden adoptar cualquier personalidad. Por eso creímos que Milka y el tipo que se fue con Ulla estaban en dos lugares distintos a la vez. La Milka Soyas que vimos salir del hotel Ceres no era la auténtica, sino uno de estos horribles seres. Y lo mismo pasó con el cliente. La falsa Ulla lo devoró en su habitación del hotel Zulo, y luego acudió al hotel Ceres. En la habitación de Tova y Lydia es donde tienen lugar las suplantaciones. Por eso todos acuden allí, después de cometer los crímenes. En los maletines deben llevar las ropas de las víctimas, que luego se ponen los seres que adoptan su personalidad.

Yelena Dalzell se separó ligeramente de Sholto Arkin e informó:

—El falso Jed me tomó unas fotos, después de dejarme desnuda.

—¿Fotos?

—Sí, con una extraña cámara que sacó del fondo de su maletín.

—Me parece que ya sé por qué. Las necesitan para que la suplantación sea perfecta. Contemplan el cuerpo desnudo de la víctima y luego, uno de ellos, se convierte en el doble exacto de la persona que ve en las fotografías que ha obtenido.

—Sí, eso debe de ser.

—Vístete, Yelena. Mientras tanto, echaré un vistazo a esa extraña cámara fotográfica.

Yelena tomó sus ropas.

Sholto abrió el maletín, en el que, además de la rara cámara fotográfica, halló el pequeño objeto cilíndrico que semejaba una linterna eléctrica.

Lo tomó y se lo mostró a Yelena, que ya se había puesto el breve pantaloncito brillante.

—¿Qué es esto, Yelena?

—No lo sé, Sholto. Lo único que el falso Jed Kolster sacó de su maletín, en mi presencia, fue la cámara fotográfica.

—Parece una pequeña linterna.

—Ten cuidado, Sholto. Podría ser un arma.

—No me extrañaría en absoluto. Por si lo es, apuntaré al cadáver del ser de Alcor, antes de presionar este diminuto botón rojo.

Sholto Arkin dirigió el pequeño objeto hacia el horroroso ser muerto y oprimió el botoncito.

Surgió instantáneamente el rayo azulado, y como la potencia desintegradora del arma extraterrestre se hallaba regulada al máximo, el cuerpo sin vida del ser de Alcor se tornó también azulado y luminoso.

Se mantuvo así unos cinco segundos y luego desapareció, no quedando ni rastro de él ni de la alabarda que Sholto le incrustara en el pecho.

Yelena Dalzell se había quedado con la boca abierta, tan perpleja como impresionada por el terrible poder del pequeño objeto cilíndrico que Sholto Arkin acababa de accionar.

El propietario de El Gallo Plateado no se hallaba menos impresionado.

Es un arma... —musitó.

—Un arma temible, Sholto —añadió Yelena—. Ha hecho desaparecer el cuerpo del ser de Alcor...

—Acaba de vestirte, Yelena. Tenemos que informar cuanto antes a la policía de lo que está ocurriendo en Siderius City, del peligro que corremos todos.

—Sí, Sholto.

—Vamos, date prisa —apremió Arkin, nervioso.

Yelena acabó de vestirse con rapidez.

Sholto había devuelto la pequeña pero poderosa arma extraterrestre al maletín y cerrado éste, tomándolo seguidamente.

—Vámonos, Yelena —dijo, cogiendo de la mano a la joven.

Salieron rápidamente del *living* y abandonaron la casa del infortunado Jed Kolster.

Iban camino de la comisaría, cuando, repentinamente, vieron surgir a dos hombres por una esquina, portando sendos maletines.

Sholto y Yelena se quedaron parados.

Ambos conocían a los tipos.

Eran clientes de El Gallo Plateado.

Stojan y Zoran.

Los dobles de Stojan y Zoran, claro. Los verdaderos habían sido devorados por Tova y Lydia, tal y como había informado el falso Jed Kolster a Yelena Dalzell, información que Sholto Arkin pudo escuchar, cuando se hallaba oculto junto a la entrada del *living*.

CAPITULO XIII

Los falsos Stojan y Zoran descubrieron a su vez a Sholto Arkin y Yelena Dalzell, y también ellos se quedaron parados, al ver que el propietario de El Gallo Plateado llevaba uno de aquellos maletines.

Su desconcierto era evidente.

¿Qué había sucedido?

¿Cómo había conseguido Sholto Arkin aquel maletín?

¿A quién se lo había arrebatado?

Todo esto, y algunas cosas más, se preguntaban los seres de Alcor que habían suplantado a Stojan y Zoran.

Sholto Arkin reaccionó y, con gran rapidez, abrió su, maletín y tomó la temible arma extraterrestre.

Los dobles de Stojan y Zoran reaccionaron también, abriendo sus maletines y empuñando sus armas.

Sholto accionó la suya, al tiempo que empujaba a Yelena y gritaba:

—¡Al suelo, Yelena!

La joven quedó tendida de bruces.

Desde allí, vio como el rayo azulado enviado por Sholto alcanzaba certeramente al falso Stojan, y cómo éste se tornaba azul y brillaba como una estrella en el firmamento.

El doble de Zoran disparó su arma, antes de que Sholto Arkin accionara de nuevo la suya.

Por fortuna, Sholto se había arrojado al suelo una fracción de segundo antes, y el rayo azulado pasó por encima de su cuerpo, alcanzó un buzón de correos, y lo tornó azulado y luminoso, antes de desintegrarlo totalmente.

Sholto Arkin, desde el suelo, disparó contra el falso Zoran.

Acertó nuevamente y el ser mutante se volvió azul y luminoso.

El doble de Stojan ya se había esfumado, así como el maletín que

portaba, y escasos segundos después, del falso Zoran tampoco quedaba nada.

Sholto Arkin y Yelena Dalzell permanecieron todavía algún tiempo en el suelo, echados de bruces, pese a que el peligro ya había pasado.

Y es que pensaban que podían haber sido ellos los desintegrados por aquellos poderosos rayos azulados, de ahí que Sholto hubiese palidecido y Yelena temblase como un flan.

Finalmente, Sholto se incorporó y ayudó a Yelena a levantarse.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí —respondió ella, con débil voz.

—¿No te has hecho daño en la caída?

—Me duelen un poco los codos y las rodillas, pero no es nada.

—Lamento haberte empujado de una manera tan brusca y violenta, pero...

—No te disculpes, Sholto —le sonrió levemente Yelena—, Hiciste lo que debías, y yo te lo agradezco mucho.

Sholto cerró el maletín, pero sin guardar el arma extraterrestre en él. La llevaría en la mano, por si se tropezaban con algún otro ser de Alcor.

Afortunadamente, no fue así, y él y Yelena alcanzaron la comisaría sin sufrir nuevos contratiempos.

Informaron de todo a la policía.

El comisario-jefe Truslow se hallaba en su casa, descansando, pero ante la gravedad del asunto, uno de los oficiales de guardia lo llamó por el videófono y le puso al corriente de lo que sucedía.

La máxima autoridad de Siderius City se vistió con rapidez y acudió a la comisaría en un tiempo récord.

Allí, de labios de Sholto y Yelena, escuchó con más detalle lo que había pasado... y lo que podía pasar, si no eran capaces de acabar con los siete seres de Alcor que, con personalidad terrestre, se encontraban en Siderius City.

—No se preocupen, acabaremos con ellos esta misma noche —

aseguró el comisario-jefe Truslow.

* * *

Algunos minutos después, Sholto Arkin, Yelena Dalzell, el comisario-jefe Truslow, y media docena de policías, se hallaban frente a la habitación que, en el hotel Zulo, ocupaba la falsa Ulla Okeland.

El comisario Truslow había pedido una llave en recepción, y él mismo la introdujo silenciosamente en la cerradura, haciéndola girar con idéntico sigilo.

La puerta se abrió, aunque sólo unos centímetros, lo justo para que el comisario-jefe aplicara el ojo y pudiera mirar dentro.

Hasta los pelos de las cejas se le pusieron de punta cuando descubrió, tumbado en el suelo de la habitación, a uno de aquellos escalofriantes seres de Alcor.

Apartó el ojo de la grieta y, con el gesto, indicó a Sholto Arkin que mirara.

El propietario de El Gallo Plateado lo hizo.

Tras observar unos segundos al espantoso ser, Sholto cerró Ja puerta y dijo:

—El ser está dormido. Por lo visto, si no están despiertos, no pueden mantener una personalidad distinta a la suya. Las ropas de Ulla Okeland yacen junto a él. Debió quitárselas antes de recobrar su físico real y echarse en el suelo para descansar. Para nosotros es una suerte hallarlo dormido. Podremos acabar con él más fácilmente. Yo mismo lo haré, si usted me lo permite. Las armas de los seres de Alcor son muy silenciosas y terriblemente efectivas, como ya le expliqué.

El comisario-jefe Truslow asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Sholto. Acabe usted con ese monstruoso ser.

Sholto Arkin abrió la puerta cautelosamente y penetró en la habitación, seguido del comisario Truslow y la media docena de oficiales, todos ellos armados con fusiles de balas explosivas.

Súbitamente, dos de las antenas del ser de Alcor, las más largas, se pusieron tensas, vibrantes.

—¡Cuidado, nos ha descubierto! —gritó Sholto.

En efecto.

Las antenas del habitante de Alcor habían captado la presencia de otros seres en la habitación, y eso hizo que se despertara instantáneamente.

Sholto Arkin oprimió el botoncito rojo del arma extra- terrestre que empuñaba y el rayo azulado partió veloz en busca del cuerpo del alienígena.

No lo alcanzó, porque el monstruoso ser de Alcor había brincado del suelo de una manera fantástica, y el rayo azulado sólo desintegró el sofá.

Aquella especie de gigantesca langosta marina lanzó un rugido estremecedor y saltó sobre el grupo de terrestres.

Sholto Arkin hizo funcionar de nuevo el arma extraterrestre.

Al mismo tiempo, el comisario-jefe Truslow rugía:

—¡Fuego, muchachos!

Los siete fusiles empezaron a escupir balas explosivas, alcanzando muchas de ellas al horripilante ser de Alcor.

En realidad, ya no era necesario, porque Sholto Arkin no había errado su segundo disparo, y el alucinante ser ya se había tornado azul y luminoso.

Segundos después, desaparecía por completo.

Sholto, Yelena, el comisario Truslow y sus hombres, respiraron tranquilos.

—Hasta dormidos son peligrosos estos espantosos seres —comentó el propietario del El Gallo Plateado.

—Sí, acabamos de comprobarlo —suspiró el comisario Truslow.

—Vamos en busca de los otros, comisario.

—Sí, no perdamos tiempo.

* * *

Acabar con los dobles de Milka Soyas y el par de clientes de El Gallo Plateado que invitaran a Ulla Okland y Dala Seiko a tomar unas copas, así como con la propia Dala, tampoco fue sencillo, pero Sholto

Arkin, el comisario-jefe Truslow y sus hombres lo consiguieron.

Ya sólo faltaban Tova y Lydia.

Los dos seres de Alcor que adoptaran aquellos maravillosos cuerpos de mujer terrestre que tanto impresionaron a los clientes de El Gallo Plateado.

Sholto, Yelena, Truslow y los seis oficiales de policía ya se encontraban en el hotel Ceres.

Frente a la habitación 210, más concretamente.

El comisario Truslow tenía en la mano una llave de la habitación.

Se disponía a introducirla en la cerradura, cuando Sholto Arkin le sujetó el brazo y dijo:

—Un momento, comisario.

Truslow lo miró.

—¿Qué ocurre, Sholto?

—¿No le gustaría atrapar vivos a estos dos seres de Alcor?

—¿Atraparlos vivos…?

—Así sabríamos cómo llegaron a Plutón.

—Me parece muy peligroso, Sholto.

—A mí también —intervino Yelena Dalzell—. Será mejor que lo olvides, Sholto.

—Si pulso el timbré, nos abrirán con apariencia terrestre, y así no son tan peligrosos, a menos que tengan sus armas a mano, y no creo que sea ése el caso. Nosotros tenemos las nuestras empuñadas, y les amenazaremos con disparar al menor movimiento sospechoso. No creo que intenten nada, son seres inteligentes.

Tras casi un minuto de reflexión, el comisario Truslow dio una cabezada de asentimiento,

—Está bien, Sholto. Lo haremos como usted dice.

—Todos contra la pared, comisario —indicó Arkin—. Quiero que sólo me vean a mí cuando abran la puerta. Cuando yo les apunte con mi arma, se dejan ver ustedes y les apuntan con las suyas.

—De acuerdo.

El comisario Truslow, sus hombres y Yelena Dalzell se pagaron a la pared del corredor y contuvieron la respiración.

Sholto Arkin pulsó el timbre y se llevó la mano derecha a la espalda, ocultando el arma extraterrestre.

Transcurrió un minuto largo.

Luego, la puerta se entreabrió y la rubia Tova se dejó ver, envuelta en una bata brillante.

—Señor Arkin... —murmuró, visiblemente sorprendida.

Sholto sonrió.

—Hola, Tova. ¿Te he sacado de la cama?

El ser de Alcor con apariencia de hermosa mujer terrestre abrió totalmente la puerta, sonriente y confiado.

—Sí, Lydia y yo nos habíamos acostado ya —respondió—. Pero no se preocupe, pase usted.

—Sí, adelante, señor Arkin —dijo Lydia, que ya se cubría también con una bata brillante—. Vamos a pasarlo muy bien, los tres —aseguró maliciosamente.

Sholto Arkin sacó su mano diestra de la espalda y las apuntó a las dos con el pequeño objeto cilíndrico capaz de desintegrar cualquier cosa.

—Un solo movimiento, y os convierto en humo a las dos —amenazó.

Tova y Lydia quedaron paralizadas por la sorpresa.

El comisario jefe Truslow y sus hombres se dejaron ver, apuntando con sus fusiles a los dos seres de Alcor.

—Atrás, preciosas —ordenó Sholto—. Pero moveos muy despacio y con las manos en alto.

Tova y Lydia retrocedieron lentamente, con las manos levantadas y un brillo muy peligroso en los ojos.

Sholto, Truslow, los seis oficiales y Yelena penetraron en la habitación.

El primero informó:

—Todos vuestros compañeros han muerto; los ocho. Y vosotros moriréis también, si intentáis algo.

—¿Cómo habéis descubierto que...? —preguntó roncamente Tova.

—Eso no importa ahora. Lo que queremos saber es cómo llagasteis a Plutón, y cómo van llegando vuestros compañeros.

Tova y- Lydia no tuvieron más remedio que hablar del aparato que ocultaban en el baúl, y gracias al cual podían, en sólo unos segundos, trasladar a uno de sus compañeros desde el lejano Alcor hasta Plutón.

—¿Y cómo trajisteis ese increíble aparato a Plutón? —interrogó el comisario Truslow.

—En una pequeña nave —respondió la morena Lydia—. Nosotros dos viajamos en ella. La posamos en un lugar donde difícilmente podía ser descubierta. Luego, adoptamos esta personalidad y entramos en Siderius City. El Gallo Plateado nos pareció el mejor lugar para empezar, a desarrollar nuestro plan. Acude mucha gente allí.

—Asesinasteis a Jed Kolster, a Ulla Okeland. a Milka Sayas, a Stojan, a Zoran, a otros dos clientes... —fue enumerando Sholto Arkin, mirando a las falsas mujeres con rencor.

—Y les disteis a todos una muerte espantosa —añadió el comisario Truslow.

Los dos seres del Alcor comprendieron que estaban irremisiblemente perdidos, así que, entre verse apresados, juzgados y condenados a muerte por las autoridades terrestres, y morir peleando, optaron por esto último.

Con un rápido movimiento, se llevaron las diestras a los bolsillos de las batas y extrajeron sus poderosas armas.

—¡Disparen, comisario... —aulló Sholto Arkin, accionando ya su arma.

Truslow y sus hombres hicieron tronar las suyas.

La rubia Tova resultó alcanzada por el rayo azulado que brotó del arma manejada por Sholto, sin haber tenido tiempo de disparar la suya. También recibió varias balas explosivas.

La morena Lydia recibió igualmente unos cuantos proyectiles explosivos, y eso le impidió utilizar el arma, porque su cuerpo estalló por completo.

Cuando ya se derrumbaba, fue alcanzada por un rayo azulado, enviado por Sholto Arkin, y su cuerpo, al igual que el de Tova, se desintegró.

Los dos últimos seres de Alcor que quedaban en Siderius City, habían perecido también.

Plutón, y los restantes planetas del sistema solar, estaban fuera de peligro.

EPILOGO

El aparato que servía para trasladar a los seres de Alcor fue desintegrado por Sholto Arkin, siguiendo las instrucciones del comisario jefe Truslow, quien temía que el ingenio electrónico pudiera repararles alguna desagradable sorpresa.

El resto de las pertenencias de las falsas mujeres terrestres fueron llevadas a la comisaría, momentáneamente, pues al día siguiente serían trasladadas al laboratorio científico de Siderius City, para su estudio, así como buscada la pequeña nave en la que viajaran los dos seres de Alcor.

Sholto Arkin y Yelena Dalzell se despidieron del comisario-jefe Truslow, quien agradeció, muy efusivamente, la colaboración de ambos, y regresaron al club, realmente agotados por la tensión a que habían estado sometidos en las últimas horas, pero muy satisfechos por haber logrado desbaratar los planes de los horrorosos seres de aquel lejano planeta llamado Alcor.

Dicho agotamiento, sin embargo, no fue obstáculo para que, una vez metidos en la cama, Sholto y Yelena empezasen a acariciarse mutuamente, a darse tiernos y cálidos besos, hasta acabar haciendo el amor con mucha pasión.

Después, relajados ya sus cuerpos desnudos, la piel brillante todavía de sudor. Sholto miró a los ojos a Yelena y dijo:

—Creo que ha llegado el momento.

—¿De qué? —preguntó ella, acariciándole el pelo.

—De hablar de matrimonio.

—¡Sholto!

Arkin le dio un dulce beso en cada seno y luego preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo. Yelena?

—¡Sí, ya lo creo que quiero! —respondió ella, radiante de felicidad.

Sholto le dio otro beso.

Esta vez, en los labios.

Muy largo y apretado.

FIN



(1) Arma medieval ofensiva, que consta de un asta de madera y de una moharra con cuchilla transversal, aguda por un lado y de figura de media luna por el otro.